

ANTONIO HERAS

A

ANDANZAS
Y DIVAGACIONES

MADRID
LIBRERÍA Y EDITORIAL RIVADENEYRA
AVENIDA DEL CONDE DE PEÑALVER, 8.

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO



JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

Al Profesor M. A. Buchanan,
respetuosa y cordialmente,
Antonio Heras

Minneapolis, 28 de marzo de 1922

ANDANZAS Y DIVAGACIONES

OBRAS DEL AUTOR

De las horas vividas. Precio: 3 pesetas. Editorial Pueyo, calle del Arenal, 6. Madrid.

PRÓXIMAS A PUBLICARSE

Desfile de sombras. (Historias de almas.)

De la vida norteamericana.

A la luz de la lámpara. (Notas y comentarios de un lector frívolo.)

ANTONIO HERAS

ANDANZAS
Y DIVAGACIONES

MADRID
1 9 2 2

Imprenta Helénica. Pasaje de la Alhambra, 3. Madrid.

DEDICATORIA

A

JOSÉ SUBIRÁ,

con el gran cariño de una
amistad de muchos años,

ANTONIO HERAS.

DIVAGACIONES SENTIMENTALES

LA POESÍA DE LOS CAMINOS

Si yo fuese poeta, escribiría el elogio de estos caminos humildes, de estos caminos estrechos, de estos caminos sinuosos, que parten de la ciudad y que van a perderse lejos, hacia mil sitios diferentes, por entre campos donde la mies ya crecida ondula; por entre viñedos y olivares; por entre prados verdes, bordados de florecillas doradas y blancas; por entre cerros cubiertos de jarales ásperos, de romerales en flor, de tomillares olorosos; por entre vegas frondosas; por entre yermos y pedrizales.

Hoy hemos madrugado mucho. Se cruzan con nosotros las mujeres que van camino del mercado y las mujeres — vestidas de negro — que van camino de la iglesia. Dentro de la ciudad se oye el tintineo de una campana, ruido de carros que pasan, gritos de vendedores, el golpeteo metálico de una fragua... Trasponemos las viejas murallas

medio hundidas que cercan la ciudad. Respiramos con avidez el aire fresco y puro de los campos. El cielo tiene un azul cristalino, transparente, y el sól, que acaba de salir, rebrilla en la yerbezuela mojada. Cruzamos el saludo matinal con este viejecillo que, fumando filosóficamente, cabalga a mujeriegas sobre su asnillo ligero; cruzamos el saludo matinal con este muchacho que va con lentitud tras su rebaño de cabras cuyas esquilas vierten su música geórgica en medio de la gran paz circundante; cruzamos el saludo matinal con esta mujeruca que va camino del río, con este hortelano que se despereza a la puerta de su casa diminuta, con estos arrieros, con estos vagabundos.

Se oye el gárrulo piar de los gorriones en las copas de los árboles. Las golondrinas pasan junto a nosotros, y, rasando la tierra y chillando, se alejan rápidas, joyantes. Aquí, un asnillo hace girar pausadamente la rueda de una noria; allí, sobre una colina cubierta de ásperos matojos, se alza la ermita del Espinar; más lejos, el río se desliza mansamente al pasar por entre las márgenes cubiertas de juncos, cañizos y espadañas, o salta raudo, deshecho en chorros de cristal y en remolinos de espuma, al caer por la presa del molino.

Sigamos, sigamos adelante. Vamos a gozar un día de libertad, de alegría sana en contacto con la tierra.

* * *

Si yo fuese poeta, escribiría el elogio de estos caminitos humildes, estrechos, sinuosos, que desde mil sitios diferentes se dirigen a la ciudad por entre alamedas y secadales; por entre montes y llanadas; por entre pinares espesos o rotundos encinares; por herbazales jugosos y barbechos pardos; por entre huertos y herrenales.

Cruzamos el saludo de la tarde con estos hombres que marchan junto a unos asnillos cargados de leña verde; con estas mujerucas que vienen del río; con estos mozos que, sentados en los lomos de las mulas, pasan cantando; con estos señores graves que vuelven de su paseo.

Sobre el horizonte hay todavía unas cuantas nubes cárdenas. Destácanse a lo lejos, cual manchas obscuras, las torres de la ciudad, las murallas medio hundidas. Por todas partes parece surgir de la tierra—como una sutil y azulada nieblecilla que se fuese espesando, obscureciendo poco a poco—la sombra de la noche. Se oye tintinear una

campana, y por cima de nuestras frentes se abren las primeras estrellas.

Volvemos a la ciudad fatigados, oliendo a yerbas campesinas, con el cuerpo lleno de salud y el alma cargada de ideas.

Si yo fuese poeta, escribiría el elogio de estos caminitos humildes, estrechos, sinuosos...

MARÍA

No, no; el viajero no podrá olvidarte nunca, bella y gentil María.

Regresaba de tierra extraña, con el alma dolorida, sangrando. Pesaba sobre todo su ser—¡desde hacía largos meses! —una sensación de fatiga abrumadora. Sentía grandes ansias de paz y renunciamiento...

Y en aquel pueblecito vasco—en medio de su calma apacible, ante el confortador espectáculo de su mar, y en la soledad de sus montañas—halló un poco de reposo y de olvido. Y hasta se diría que comenzó a reflorecer, dentro de sí mismo, algo que parecía muerto para siempre.

Pero de aquellas cosas y de aquellos seres sencillos y amables, tú eres—¡oh gentil, oh dulce María!—lo que al viajero de entonces más le place recordar, después de tanto tiempo. Te verá siem-

pre, como en aquella tarde estival, vestida de luto, un poco ruborosa, al cruzar el primer saludo con él. No olvidará nunca tus charlas ingenuas, cuando, al volver de algún paseo, sentado en la terraza, veía ir, poco a poco, apuntando las primeras estrellas en el cielo de la tarde, manchado aún por leves reflejos cárdenos. Ni olvidará nunca las charlas dulces con que—siempre hospitalaria y buena—pretendías distraer al viajero, que, según tú, debía de aburrirse mucho. Ni olvidará nunca las charlas amables en que le decías cosas de aquella vida mansa, para ti seguramente muy triste: de los veraneantes que empezaban a abandonar el pueblo; de los hombres que se pasaban largas horas en las sidrerías; de los inviernos obscuros y largos.

El viajero recordará siempre aquel pueblecito humilde, con sus viejas casas de anchos tejaroces; aquella plazoleta sombreada de plátanos frondosos; aquella playita de arena dorada; aquellas montañas por donde había errado tantas veces, escuchando el aullido del viento y la voz del mar... Pero, sobre todo, a ti, dulce y gentil María, te recordará siempre. Te verá siempre, como el primer día, vestida de negro y un poco ruborosa. Y le pa-

recerá oír tu voz, como entonces, algo temerosa y agitada.

* * *

No, no; el viajero no podrá olvidarte nunca, porque eras hermosa y buena, y porque, inconscientemente, derramaste en su alma, rebosante de amargura, un poco de consuelo.

LA DAMA QUE MIRA AL MAR

Hoy—he de confesarlo—vengo a la playa un poco triste. Al marchar de estos lugares tan queridos, que no he de volver a contemplar durante mucho tiempo, todo me parece más bello, más lleno de encanto, más amable que siempre. ¡Con qué ansia respiro el aire sedante y confortador del mar! ¡Con cuánta melancolía dejo flotar mi vista sobre este Mediterráneo azul, que arrulló, con la música apacible de sus olas, mis dulces ensueños de infancia, de adolescencia, de juventud!

Hasta mi oído llegan las notas insinuantes y lánguidas de un vals. Pisando la dorada arena, vestidas de blanco, con trajecitos vaporosos, con sombrerillos ligeros, veo pasar, ir y venir, en grupos llenos de gracia, a estas adorables muchachas levantinas de ojos grandes, rasgados, bellos y tristes; de tez un poco pálida; de cabellos obscuros o dorados. Veo pasar, ir y venir—cogidas del bra-

zo, charlando, riendo—a estas nenas bonitas que al hombre más indisciplinado y andariego harían soñar alguna vez con una casita muy pequeña y muy blanca, en medio de un huerto de naranjos floridos; con una casita donde se escuchase la voz amada de una mujer; con una casita muy pequeña y muy blanca, en cuyos muros tapizados de verdura florecieran las campanillas azules y los jazmines, y por cuyas ventanas—abiertas de par en par—entrasen a torrentes el sol y el aire fresco y oloroso de los campos... Sí, hoy me despido con tristeza de esta playa.

Las olas avanzan, avanzan sin cesar, y saltando y deshaciéndose en hervores de espuma, siguen avanzando siempre, abrazándose, confundiéndose, empujándose unas a otras, con mil rumores que a la vez tienen mucho de cuchicheo, de risa y de amenaza. Frente al mar, allá lejos, hay barcazas negras con la quilla clavada en la arena y apuntando al cielo con sus mástiles. Y detrás de las barcazas negras se ven las casas del pueblo, pintadas de blanco, de azul, de amarillo, de rosa destacándose sobre el fondo eternamente verde de los campos.

Las notas lentas, insinuantes, lánguidas del vals

han cesado de oírse. Las muchachitas de vestidos blancos siguen pasando junto a mí, en grupos adorables, charlando y riendo. El aire que viene del mar, cada vez más recio, azota nuestros rostros. Las olas avanzan, avanzan siempre; y sobre ellas avanzan también hacia nosotros unas nubecillas redondas, algodonosas.

* * *

Sopla, de pronto, una fuerte racha de viento. Nubarrones densos, negruzcos, entoldan el cielo hasta el horizonte lejano. Empiezan a caer gruesas gotas de lluvia, anunciadoras de un copioso turbión. Los encantadores grupos de muchachitas de vestidos blancos y sombrerillos ligeros han desaparecido ya como una banda de golondrinas que se dispersa chiando. Algunas—un poco amedrentadas—asoman sus rostros frescos tras los cristales del *restaurant*.

El mar—de un color cenizoso y verduzco—avanza más cada vez en oleadas espumeantes. De tiempo en tiempo, en la lejanía, un fulgor lívido relumbra; y se aproxima el zumbido prolongado y sordo de los truenos.

* * *

He creído, hasta hace un momento, encontrarme solo ante el mar, al abrigo de este frágil tinglado de madera, bajo el cual ya pasan las olas. He creído encontrarme solo, mientras no lejos de mí una mujer hermosa—con sus ojos azules llenos de misterio—explora la obscura lejanía.

Yo no sabría decirte, bella mujer blonda y blanca, de ojos azules, serenos y enigmáticos, de carne fresca, como de azucena y rosa; yo no sabría decirte, ¡oh flor incomparable de tierras del Norte, que imagino perdidas muy lejos, muy lejos, entre un velo poético y triste de perenne bruma!; yo no sabría decirte la sensación profunda y extraña que he experimentado al verte inmóvil, serena, misteriosa, con la mejilla apoyada en la mano pequeña y blanca, explorando con tus bellos ojos azules el mar espumeante y el cielo obscuro. ¡Quién pudiera leer los pensamientos que cruzan por tu espíritu, mientras esa mirada enigmática, tan enérgica y tan dulce, parece flotar y perderse en la lejanía! Nadie que te viera así podría olvidarte nunca, dama que, mirando las olas, escuchas con el alma toda la indescifrable música del mar.

EN LA PLAYA

¿Por qué siento hoy este deseo imperioso, invencible, de soledad? ¿Por qué ha renacido en mí este recuerdo lejano? ¿Por qué flota sobre mi alma —como las nubes obscuras en el cielo—un velo frío y gris de profunda melancolía?

He huído de la ciudad y también de los amigos. Desde hace largo tiempo, estoy sentado junto al mar, con un libro, cerrado ahora, entre las manos. Es una tarde estival, lluviosa, desapacible, triste, que me trae presentimientos de otoño. Sobre la arena de la playa cae la lluvia con un rumor muy tenue, que las olas apagan con sus tumbos. Las nubes avanzan hacia tierra, deshaciéndose en lluvia y en obscuros vapores.

El mar, junto a la orilla, se revuelve espumeante, con mil ruidos diversos, los cuales se funden formando una sinfonía extraña y gigante, que escuchamos con el alma absorta. A lo lejos, está in-

móvil; parece de acero, de plomo, de pizarra. Y un navío, que poco a poco va desapareciendo allá, donde el agua y el cielo se confunden, tiende un airón fuliginoso.

Estoy solo, sentado frente al mar; frente al mar hosco que parece querer hablarnos de cosas profundas con su música grave, solemne, amenazadora.

¿Por qué he sentido hoy reflorecer en el fondo de mi alma—reflorecer bella y dolorosamente—este recuerdo?

La veo ahora como entonces; como se me apareció, por primera vez, en aquella tarde invernal, saliendo de una iglesia: vestida de negro; con su cuerpecito alto, flexible, un poco desgarbado; con su cara fresca, blanca, un poco empalidecida; con sus cabellos rubios, recogidos sobre la nuca; con sus ojos azules, llenos de dulzura infinita. Y al evocar estos recuerdos, me aflige la más triste de las nostalgias: la nostalgia de una vida no vivida, que pudo ser muy bella.

* * *

La tarde ha ido muriendo poco a poco—como desvaneciéndose—, poco a poco, insensiblemente. Ya sólo me rodean las sombras. A lo lejos, se ven unas lucecitas multicolores. La voz del mar, la música del mar, crece, se agiganta en el silencio de la noche.

¿Por qué siento hoy este deseo imperioso, invencible, de soledad? ¿Por qué ha renacido en mí este recuerdo lejano? ¿Por qué flota sobre mi alma—como las nubes obscuras en el cielo—un velo frío y gris de profunda melancolía? ¿Qué buscan mis ojos, perdiéndose lejos, muy lejos, en las sombras?

MARY WOOD

Conocí a Mary Wood cuando yo tendría ocho o diez años. A esa edad miramos ávidamente—con los ojos del alma muy abiertos—el espectáculo del mundo; a esa edad nada hay bajo, nada hay feo, nada hay grosero. Los hombres que después nos parecerán pérfidos, ramplones, o vulgares, entonces se nos figuran seres extraordinarios que tienen mucho de héroes y de dioses. A esa edad en que nuestra alma tiene la pureza, la frescura y la transparencia del aire matinal, la vida es para nosotros bella, interesante, misteriosa como un cuento de hadas. Y para mí, el hada más encantadora de aquel cuento fué, sin duda alguna, Mary Wood.

Yo vivía entonces en Valencia, en una calle angosta y no muy larga. Mi balcón tenía unas cuantas macetas de geranios, claveles, pensamientos. Tenía también una jaula de alambre, donde un canario iba y venía de una cañita a otra, lanzan-

do de tiempo en tiempo sonoros, cristalinos, prolongados gorjeos. Desde mi balcón—y esto es lo más interesante—se veía la casa de Mary Wood.

El hada de mi cuento tendría entonces treinta años, y era, indudablemente, muy hermosa. «¿Pero en qué consistía su belleza?», me he preguntado muchas veces; y a esta interrogación jamás he podido responderme. No, no puedo deciros cómo era la más encantadora de las mujeres. La sombra del tiempo ha ido borrando en el fondo de mi alma la figura ideal de Mary Wood. Sí recuerdo que sus cabellos eran blondos y rizados, y que, al ser heridos por el sol, despedían destellos luminosos. Recuerdo también que sus manos eran pequeñitas, blancas, gordezuelas, y que en uno de sus dedos llevaba un anillo de oro. Pero os aseguro ahora, y lo afirmaré siempre, que cuando yo tenía diez o doce años, no había en todo el mundo una mujer comparable a Mary Wood. Era la más hermosa, la más espiritual, y por otra parte, la más desgraciada de todas las mujeres.

Había nacido en América del Norte y, según he sabido después, poseía una gran fortuna. Yo no sé cuándo, ni nunca he sabido por qué Mary Wood vino a España. Y si lo absurdo no llenase casi

toda la vida, ¿cómo podría concebir que el hada de mi cuento se hubiese enamorado—y enamorado locamente—del hombre despreciable que bien pronto había de ser su marido? Sí, la más adorable de todas las mujeres—cuando yo la conocí—era esposa del más despreciable de todos los hombres. ¿Os parece absurdo y triste? Sí, sí; a mí me parece también muy triste y muy absurdo. ¿Os parece inverosímil? Mirad, mirad en torno vuestro, y encontraréis más de cuatro Mary Wood.

El más despreciable de todos los hombres era un abogadillo presumido, charlatán, jugador, mujeriego. Cuando yo lo conocí, ya había consumido casi toda la fortuna de su esposa.

El hada de mi cuento y yo éramos excelentes amigos. En su casa recuerdo haber pasado muchas horas. Yo corría por el jardín, o, sentado tras los cristales del balcón, hojeaba un libro de estampas, mientras ella tocaba el piano, bordaba o leía. Muchas veces también, sentado junto a ella, la veía pintar. Y aquella mano blanca, pequeñita, gordezuela—que me parece estar viendo todavía— iba haciendo surgir en un pedazo de lienzo, o en una tablilla cuadrada, ramilletes de flores, casitas de campo sombreadas por grandes árboles, trozos de

mar con barquitos de vela y gaviotas de largas alas extendidas. Una tarde, al llegar a su casa—Mary Wood era entonces mi maestra de dibujo—encontré al hada de mi cuento muy triste, muy pálida, con los ojos enrojecidos y húmedos de lágrimas. Aquella tarde no me dió lección. Y yo la contemplaba ensimismado, sin llegar a comprender que una mujer tan bonita pudiese tener motivo para haber llorado, y sin quererle perdonar que aquella tarde no hiciera caso de mí. (Bastante tiempo después supe el porqué Mary Wood había llorado. Su marido, el abogadillo presumido, charlatán, jugador y mujeriego, había tenido la humorada de marcharse a París, acompañado de una bailarina.)

* * *

Pasaron doce o quince años sin que yo tuviese noticia alguna del hada de mi cuento. Hoy, al volver de un largo paseo por el campo, en una callejuela extraviada, mi acompañante —un amigo de toda la vida—se ha detenido a saludar a un hombrecillo extraño, de nariz roja, pantalón raído y hongo grasiento y pardo.

—A este señor tú debes de conocerlo—me dice

mi amigo—. Es don Tulio Fernández, el esposo de la señora Wood.

¡Aquel hombrecillo de nariz roja, pantalón raído y hongo grasiento y pardo, era—¡horror de horrores!—el marido del hada de mi cuento! Don Tulio Fernández, al saber quién fuese yo, soltó una carcajada.

—¡Pero si a éste lo he conocido yo cuando era un mocoso!

Y, quieras que no, con don Tulio Fernández hemos tenido que entrar mi amigo y yo en una taberna, donde el esposo de Mary Wood nos invitó a unos vasos de montilla.

Yo, tímidamente, le he preguntado por su familia.

—Todos perfectamente: Mary, así de gorda (don Tulio Fernández ha extendido los dos brazos), y eso que tiene seis chicos con que entretenerse.

Y el hombrecillo extraño, el hombrecillo repugnante, después de haberme dado su dirección, al despedirse, me ha dicho:

—No dejes de ir por casa; allí verás a todos. ¡Que no faltes, eh!

¡Qué tristeza! ¡Qué horror! El hombre más despreciable del mundo, el marido de la más adora-

ble de las mujeres, aquel abogadillo presumido, charlatán, jugador y mujeriego, es ahora, en Madrid, escribiente de no sé qué Juzgado; es un hombrecillo de nariz roja, de pantalón raído, de hongo grasiento y pardo. Y cuando habla este sujeto, sus palabras son roncas y huelen a aguardiente.

¡Qué tristeza! ¡Qué horror! Yo desearía conocer cuál fué la vida de Mary Wood durante todos estos años. Pero he jurado no volver a ver nunca al hada de mi cuento. No, no; sea como sea, viva como viva, Mary Wood será siempre para mí la Mary Wood de mis diez años: la más bella, la más espiritual, la más desgraciada y la más adorable de las mujeres. Para mí, Mary Wood será siempre aquella dulce mujer de cabellos blondos y rizados; de manos pequeñitas, blancas, gordezuelas; aquella mujer incomparable que, junto a mí, bordaba, tocaba el piano, leía o, en un trozo de lienzo o en una tablilla cuadrada, hacía surgir ramilletes de flores, casitas de campo sombreadas por grandes árboles, o trozos de mar con barquitos de vela y gaviotas de largas alas extendidas. Es preciso ser respetuoso con el pasado; es preciso no destruir nunca nuestros mejores recuerdos. Por eso me he jurado no ir jamás a la casa miserable donde aho-

ra viven don Tulio Fernández y Mary Wood; el hombrecillo de nariz roja, pantalón raído y hongo grasiento y pardo, y el hada de mi cuento; el más despreciable de todos los hombres y la más adorable de todas las mujeres.

LA CAMPANITA DE LAS DESCALZAS

Los lugares donde se formó nuestro espíritu nunca tienen para nosotros un encanto mayor que cuando a ellos volvemos tras larga ausencia. Entonces hasta las cosas más humildes hacen surgir de lo más íntimo de nuestro ser recuerdos y nostalgias, llenos de una poesía tan honda, tan bella...

Al salir de la estación, he cruzado algunas solitarias y silenciosas calles bañadas de luna. Mis pasos resonaban en la calma de la noche. He seguido avanzando lentamente. He llegado a una plazoleta donde unos cuantos olmos viejos y pomposos se yerguen junto al atrio de una iglesia. (Es una iglesia de macizos muros pétreos y cuadrada torre que corona un agudo chapitel.) En las copas de los árboles el viento de la madrugada despierta, al pasar entre las hojas, un apagado susurro misterioso. Allá, hacia lo alto de la torre, se oye el graznido ronco, chirriante, de una lechuza. Cruzo

ahora una calleja estrecha y tortuosa. Tras las paredes bajas y encaladas de un corral ladra un mastín al escuchar mis pisadas. Sigo avanzando lentamente por solitarias calles, en medio del gran silencio de la noche...

Una campanita clara, argentina, ha sonado tímidamente, muy lejos, al otro extremo de la ciudad. Su tañido leve, una, dos, tres veces repetido, llega hasta mí, traído por un vientecillo fresco y sutil que anuncia el amanecer.

La campanita, tras una breve pausa, ha sonado de nuevo. Su tintineo claro, cristalino, una, dos, tres veces torna a repetirse. Y al escucharlo, experimento la amable sensación de recibir una caricia serena y consoladora.

¡Cuántos recuerdos ha suscitado en mí, con su claro tintineo, la campanita de las Descalzas! ¡Cuántas, cuántas veces lo escuché antes de ahora...! Esta es la misma campanita que oí alguna vez, siendo niño, desvelado, en una noche de invierno, mientras el viento aullaba y la nieve caía silenciosa. Este es el mismo suave tintineo que escuché una noche al salir de un baile de Carnaval, después de haber dicho mi amor a una nenita inolvidable. Este es el mismo tañido leve, que pa-

rece querer repetir palabras acariciadoras y puras, y que oí yo muchas veces al pasar, tras unas horas de estúpidos placeres, por estas calles, también entonces solitarias y silenciosas.

* * *

La campanita de las Descalzas ha sonado todavía una, dos, tres veces, cuando llego a un caserón viejo y triste, donde ya nadie me espera.

TRAS LOS CRISTALES

«C'est l'heure du thé fumant et des livres fermés.»

Yo no sé por qué, viendo humear junto a mi mesa de trabajo la taza de te dorado y aromoso, ha venido a mi memoria este verso de Verlaine, del dulce y triste Verlaine, que ya tenía casi olvidado.

«C'est l'heure du thé fumant et des livres fermés.»

Desde el amanecer llueve pertinaz, copiosamente. Sentado junto al fuego, he pasado la tarde, releyendo lentamente—con esa lentitud que tiene mucho de caricia—un libro muy querido, para gustar el regalado encanto de sus pensamientos y de sus palabras.

Estoy un poco fatigado. Por mi espiritu cruzan mil ideas, mil imágenes, que empiezan como a

confundirse y a esfumarse en un fondo gris, brumoso...

Y mientras bebo, paladeándolo, un sorbo de este líquido tibio y perfumado, mi vista dirígese hacia el fuego; se detiene un instante a contemplar estas llamitas áureas, azulinas, rojizas, que juegan abrazándose, confundiéndose, separándose, volviendo a confundirse, deslizándose sobre los trozos de carbón negruzco, que con sus besos de fuego van consumiendo poco a poco.

Unas campanadas lentas, graves, han sonado muy lejos. La lluvia sigue cayendo pertinaz, copiosamente, tejiendo hililllos cristalinos en los tejaroces de las viejas casonas, formando, en medio de la calle sucia y mal empedrada, un arroyo fangoso.

Sobre la mesa de trabajo está cerrado ya el libro que durante horas he hojeado atentamente.

La estancia fué poco a poco llenándose de sombra. Las llamitas rojas, áureas, azulinas, reflejan sobre el blanco muro frontero manchas luminosas y obscuras.

Es la hora infinitamente dulce y profundamente triste en que nuestro espíritu, un poco fatigado, parece recogerse en sí mismo. Es la hora infinita-

mente dulce y profundamente triste en que tantas veces hemos evocado unas cuantas imágenes queridas...

* * *

Tras los cristales del balcón contemplo un instante la calle solitaria y obscura. En el cielo, plomizo todavía, flota una claridad azulenca, cenizosa. Una campana ha vuelto a sonar muy lejos, lenta y grave. Un hombre cruza la calle a grandes trancos, haciendo resonar y rechinar contra las piedras sus claveteados zapatones.

LA MUJER DEL TRAPECIO

A la luz de la luna, luego de haber cenado, los dos amigos van apurando lentamente sus tazas de café en la terraza de una casita—pacífico retiro de uno de ellos—perdida entre el campo y el mar. Charlan de cosas pasadas. Es noche de julio. Del Mediterráneo, que rebrilla bajo la luna, llega un rumor acompasado y manso; de los campos, un silencio apacible cargado de mil ruidos vagos, perceptibles apenas. Un interlocutor se expresa así:

* * *

Yo tendría entonces nueve o diez años. Vivíamos en un hórrido poblachón manchego. Los balcones de nuestro enorme y viejo caserón daban a una gran plaza en la que había una iglesia de macizos muros de piedra amarillenta y de torre cuadrada. Mi salud no era muy buena; y a fuerza

de cuidados—criándome como a una delicada y rara flor de estufa—sólo se consegía que cada vez me encontrase peor. Casi nunca se me permitía salir de casa. Vagaba por las habitaciones destartaladas o permanecía horas y horas hojeando un libro de estampas, tras los cristales del balcón. Desde allí, contemplaba un día y otro día las otras casas, viejas, feas y enormes como la nuestra, que se alzaban en torno a la plaza del pueblo; la fachada de la iglesia, con su torre pesadota coronada por agudo chapitel; y, a lo lejos, sobre un montículo terrizo, la silueta de unos muros y unos arcos, a medio desplomar, del viejo castillo. Y me entretenía viendo corretear a los muchachos por la plaza, tomar el sol a unos cuantos viejos y mendigos, cruzar a unas cuantas mujerucas camino de la iglesia. Estas eran casi todas las impresiones de mi vida de aquel tiempo, que ahora me parece la más tediosa, la más triste de cuantas puedan imaginarse.

Una tarde, desde mi observatorio, noté algo extraordidario, algo que me llenó de curiosidad. Unos hombres de aspecto estrafalario, que yo no había visto hasta entonces en el pueblo, y que vendrían Dios sabe de dónde, abrían, por medio de la pla-

za, grandes agujeros en tierra. Después, iban alzando gruesos mástiles, que fijaban verticalmente. A dos de éstos ataron un tercero, horizontal, del que pendía un trapecio; una cuerda recia y tensa, que cruzaba la plaza a gran altura, unía los cabos de otros dos. Y eso fué todo. Los muchachos y los desocupados hormigueaban en torno a los desconocidos.

A la mañana siguiente me despertó un ruido infernal. Los titiriteros anunciaban la función para aquella tarde, al son de un bombo, un tambor, un cornetín y unos platillos que producían esa música estrepitosa.

Por la tarde, como era un hermoso día primaveral, pude bajar a la plaza. Cuando llegué, un payaso de rostro enharinado y de traje verde y rojo, diciendo cosas disparatadas, hacía reír a la gente cándida y ruda que se apiñaba en torno a él. Después, un burro sabio hizo travesuras y cálculos maravillosos; una mujer y dos niños trabajaron en el trapecio; un hombre pasó y repasó varias veces, llevando un enorme balancín, por la maroma tendida de un extremo a otro de la plaza; hubo saltos mortales, y nuevas payasadas, y danzas de perros y monos amaestrados. Pero de aquel espectáculo

hubo algo que sobre todo embargó mi atención, derramando en mi vida obscura de entonces como un rayo de sentimentalidad, algo que después he recordado muchas veces: *la mujer del trapecio.*

Yo no podría decir cómo era la mujer del trapecio. Sólo sé que aquella tarde, y durante los pocos días que estuvo en el pueblo, ejerció sobre mí una atraccion poderosa. Yo la veía como a un ser extraordinario que despertaba en mí inquietudes misteriosas. La mujer del trapecio fué una revelación para aquel niño delicaducho y tímido; fué nada menos que el primer amor. Según creo recordar, la mujer del trapecio llevaba medias de un rosa desteñido y sucio, que cubrían sus piernas; una blusilla, rosa también, ceñía el cuerpo ubérrimo y carnoso; una sarta de rojos corales era el único adorno de su garganta desnuda; desnudos igualmente llevaba los brazos, y en el dorso de la mano izquierda tenía un signo misterioso de color azulenco. Nadie sabe la influencia extraordinaria que puede ejercer sobre nosotros, a los diez o doce años, cuando el mundo entero es algo maravilloso, una mujer que se presenta de pronto ante nuestra vista con los muslos cubiertos de medias color de rosa, con los brazos desnudos y una sarta de

coral en la garganta; una mujer que no sabemos ni de dónde viene ni adónde va, que hace ejercicios que nos admiran y nos asustan en un trapecio, y que lleva un signo misterioso de color azulenco en la mano izquierda. La mujer del trapecio sería indudablemente fea, sucia, poco apetecible. Pero ella, además de ser mi primer amor, ha influído acaso en mi formación espiritual mucho más que todos los pensadores y que todos los artistas, pues despertó en mí el deseo de marchar libremente por los caminos del mundo, haciéndome sentir ansia de vida intensa y bella. Si llego a ser algo un día, casi todo se lo deberé a esa mujer. Por eso, una de mis tristezas mayores consiste en no saber lo que ella era antes de conocerla yo, ni lo que ha sido después. Mi mejor libro habría de ser uno que no escribiré nunca: la «Vida de la mujer del trapecio».

* * *

En la terraza de una casita perdida entre el campo y el mar, bajo la luna, los dos amigos divagan y charlan amablemente. Del mar llega un rumor acompasado y manso; de los campos, un silencio cargado de mil ruidos apenas perceptibles.

DESPEDIDA

Nos encontramos cinco o seis camaradas en una habitación pequeña, modesta, pero limpísima, de la casa en que, gravemente enfermo, muy gravemente enfermo, vive mi amigo José María. Por una gran ventana, que llega casi a ras de tierra, penetra la última claridad, entre azul y violada, de esta crudísima tarde invernal.

Todos tenemos de quince a veinte años. Todos somos buenos amigos de José María. Y, ya a punto de terminar las vacaciones de Navidad, antes de marchar hacia la corte, venimos a decirle adiós por unos cuantos meses.

Hemos charlado durante más de una hora. Todos, sin saberlo, somos grandes optimistas; y nuestra conversación, sobre mil asuntos diversos, ha sido frívola y ligera. José María ha permanecido silencioso casi todo el tiempo. Sí, nuestro amigo está algo triste y está muy enfermo... Pero nosotros

tenemos de quince a veinte años, somos jóvenes, somos fuertes; además somos optimistas, somos, por tanto—sin saberlo también—un poco egoístas y un poco crueles; y seguimos charlando sin cesar, frívola, ligera, aturdidamente.

Nuestro amigo, sentado junto a la chimenea, medio envuelto en una manta, mira insistentemente cómo juegan las llamitas azuladas y rojas que brotan, consumiéndolos, de negros trozos de carbón. Al resplandor cambiante de estas llamitas azuladas y rojas, vemos el rostro demacrado y palidísimo de nuestro amigo, en el que ya hay algo de muerte. No parece escucharnos sino a medias; está absorto, abatido, triste; y ni por un instante se nos ocurre preguntarnos cuáles puedan ser sus pensamientos.

Por la calle cruzan algunas mujerucas envueltas en sus mantones obscuros, algunos hombres embozados en sus capas pardas.

Nuestro amigo continúa abstraído, silencioso. Mas un instante después nos dice, sin hacer caso de la conversación que en torno a él sostenemos:

—Ahora estaba pensando en los muchachos del molino que había cerca de la casa donde yo pasé el verano último. Eran traviesos, eran fuertes y sa-

nos; correteaban por todas partes, de la mañana a la noche. Yo, desde mi balcón, sin poder moverme apenas, los miraba con envidia. ¡De qué buena gana me habría cambiado por ellos!

Nosotros tratamos de animarle. A nuestras palabras responde con un gesto de amargura.

Hay un largo silencio. Nuestras conversaciones han cesado; nuestro amigo medita tristemente y calla. Luego, exteriorizando, sin darse cuenta quizá, la más trágica de sus inquietudes, añade:

—¡Si pudiera llegar hasta la primavera!

En la calle se oyen tintinear las cencerrillas de unas cabras. Pasan unas cuantas yuntas que vuelven de la labor.

Una muchacha alta, de grandes ojos negros—la hermana de nuestro amigo—ha entrado en la habitación; trae un quinqué encendido, con pantalla verde, que coloca sobre un velador; sale, y un momento después vuelve con una taza humeante que ofrece al enfermo.

Nos vamos despidiendo uno a uno; estrechamos la mano fría, amarillenta, descarnada, de nuestro amigo.

* * *

Al siguiente día vamos camino de la corte en un tren que marcha pesadamente, que se detiene en todas las estaciones. Vemos, tras los cristales, llanuras pardas, montes cubiertos de jara y romero, pueblecillos miserables. Empieza a caer la nieve y hace un frío horrible. Pero todos charlamos, reímos, cantamos; hemos comido bien y tal vez hayamos bebido un poco demás.

Unos días después, al volver de clase, hemos leído una carta en que se nos anuncia que José María ha muerto.

¡HUÉSPEDES!

Mi tía María Jesús inclina, una y otra vez, la cabeza sobre el pecho abombado, ubérrimo. De tiempo en tiempo logra entreabrir, no sin gran esfuerzo, los adormilados ojos; dirige pausadamente una mirada en torno suyo, y vuelve a entregarse de nuevo a su pesada modorra.

Junto al hogar—al calorcillo caricioso del rescoldo—«Morito», un gatazo de negra y sedosa piel, acurrucado, con la vista fija en el fuego casi extinto, runrunea apaciblemente. Un viejo lebrel, amante del reposo y del regalo, duerme enroscado sobre un sillón de madera toscamente labrada y de asiento de paja entretejida. Una criada entra y sale de vez en cuando, con andar silencioso; ora deja un rimero de platos limpísimos en la alacena que en un muro se abre; ora despabila las luces mortecinas de un velón que pende de la chimenea, o ya

mira si falta algo que prevenir para el yantar del siguiente día. Es una moza morenucha y cenceña. Su cabello es negro y brillante, y sus ojos—muy grandes y muy negros también—tienen una languidez extraña. Lleva un justillo muy ceñido y, sujetas a su cintura una sobre otra—pues el pudor así lo exige—dos, tres, cuatro faldas acaso, que dan a su cuerpo una figura acampanada.

La cocina se halla iluminada por una luz tenue y vacilante. En el ancho reborde de la chimenea se ven algunas pequeñas vasijas de tierra cocida y vidriada y de metal bruñido. Sobre la blancura de un muro se destaca una vieja cruz de nogal. Cuando alguien abre la puerta pesada y maciza, se oye fuera caer y caer la lluvia con una adormecedora monotonía y se percibe el bisbiseo misterioso de las hojas, ya amarillas y apergaminadas, cuando las hace palpitar el viento.

Mi tío Gabriel está sentado ante una mesa recia y cuadrada. Me ha hablado parsimoniosamente de cosas familiares, de cosas lejanas, algunas de ellas nuevas para mí, que ocurrieron quince, veinte años antes de que yo naciera. Ahora permanece silencioso. Apoya la cabeza sobre una mano cerrada; tiene el otro brazo extendido sobre el blanco table-

ro de la mesa, y, agitando de vez en vez los dedos largos y nerviosos, tabalea ligeramente.

Y, así, ha pasado el tiempo sin que lo notemos siquiera, dejándonos invadir por una pereza dominadora, por un torpor apacible.

De pronto se han oído dos fuertes aldabadas.

Estupefacción general. Mi tía María Jesús despierta un poco sobresaltada, y, ahogando un bostezo, dice:

—¿Qué será?

Mi tío Gabriel alza la cabeza y escucha atentamente. El perro ha saltado de la silla y sale gruñendo. Sólo «Morito», envuelto en la suave tibieza del hogar, permanece inmóvil, impasible, con una indiferencia heroica ante lo desconocido.

Alguien ha abierto la puerta, que lanza un chirrido agudo. En el patio se oyen recias pisadas. Una de las mozas viene y dice con tono trágico:

—¡Huéspedes!

Y al instante vemos entrar un hombretón alto y recio, de espalda cuadrada, de cara redonda, de ojos vivos, de cabello entrecano y de bigote áspero y lacio.

—¡Hola, José Vicente!—dice mi tío Gabriel; y cambian un apretón de manos, mientras que en la

estancia próxima, el cuco del reloj asoma la cabecita una, dos, tres veces, diez veces, repitiendo cu-cu, cu-cu, cu-cu, cu-cu...

* * *

Lector, si vives en uno de estos poblachones feos y tristes, perdidos en medio de la llanura manchega, que distan unas cuantas leguas de la estación más próxima, y a los que llevan malos caminos, que recorriste varias veces dando tumbos en un carruaje viejo y desvencijado...; si vives en uno de estos poblachones manchegos donde hay dos o tres grandes iglesias de piedra ya dorada por el tiempo y por el sol, así como caserones destartalados de zaguanes sombríos, de puertas blasonadas, de anchos balcones voladizos, de rejas espesas e historiadas...; si vives en uno de estos poblachones tediosos donde hay hidalgos pálidos y enjutos, viejecitas avellanadas y tristes, jóvenes siempre ociosos que se pasan las tardes y las noches en el casino bebiendo y jugando, y muchachitas recogidas y silenciosas que apenas salen de casa, que van a misa primera con andar ligero y menudo, que cuando se habla con ellas enrojecen

levemente, y en cuyos ojos bellos y dulces hemos adivinado tantas veces ansias de felicidad y amargura de melancolías...; si vives en uno de estos pueblos rancios donde las vidas tienen la aridez, la vacuidad, la monotonía de la tierra seca y parda donde nacimos, en no pocas ocasiones habrás sido testigo, lector hermano, de la inquietud, de la desazón y hasta del terror que la palabra ¡huéspedes! puede causar—en una noche, como ésta, otoñal y lluviosa— en una casa donde, como en la de mi tío Gabriel, ya sólo se escucha el tic-tac de un reloj, el caer de la lluvia o el ruido de pisadas sigilosas; y también habrás contemplado rostros un poco desazonados, aunque acogedores, de gentes que, cual nosotros, iban a entregarse a un sueño profundo, reparador.

* * *

Ya el forastero se ha sentado. Ya se cambiaron los saludos y preguntas de costumbre. Mi tía María Jesús ha salido unos instantes para dar órdenes. Fuera, se oye un ir y venir precipitado, golpear de puertas, tintineo de llaves. Se han abierto armarios antañones donde hay, cuidadosamente doblada,

ropa muy blanca y bienoliente. La cama para el viajero se prepara en una habitación amplísima, un poco húmeda, un poco fría, de muros blanqueados y techumbre sostenida por vigas obscuras. En ella se ven cofres grandes, pesados, vetustos. Sobre el blancor de las paredes resaltan algunos cuadros ennegrecidos, borrosos: hay un Nazareno, un Santo Tomás de Villanueva, una Divina Pastora.

Entretanto, mi tío Gabriel y su primo José Vicente departen de cosas que tienen su importancia: sobre familiares resquemores, sobre el precio del vino, sobre las elecciones futuras, sobre el pleito de los Enríquez...

—Gabriel, ¡qué disgustos dan los hijos! ¿No sabes que la Consolación se empeña en casarse con un mala cabeza?

Y nosotros, que no conocemos a Consolación, queremos imaginárnosla blanca, pequeñita, un poco gordezuela, de ojos y cabellos muy negros, de boquita muy roja, pensativa y hacendosa. Es una de esas muchachas que tantas veces hemos visto andar de un lado para otro en estos grandes y destartalados caserones, previniéndolo todo, ordenándolo todo. Es una de esas muchachas que se pasan horas y horas tras los cristales del balcón,

con la cabeza un poco inclinada sobre el bastidor, en donde sus manos diminutas hacen surgir labores caprichosas, hojas y florecillas delicadas, mientras que su espíritu, entregado a sí mismo, va tejiendo otras florecitas, aún más delicadas, más frágiles todavía: ¡pobres flores de ilusión! Es una de esas muchachas sensibles y buenas que, cuando ríen, hay en su risa claridad y frescura de aguas vivas. Es una de esas muchachas que, a veces, sin saber por qué, se entristecen, y piensan que la vida es dolorosa y sus almas sienten sed de felicidad. Es una de esas muchachas que tal vez tienen un piano viejo donde teclean valses monótonos, y a quienes acaso no les falte—¡oh dolor!—un novio muy bruto que no hace nada, que no se sabe a qué aspira, o un novio vanidoso y trápala, que puede ser escribiente del Juzgado.

Una moza ha reavivado las brasas mortecinas y ha puesto en el hogar una brazada de leña seca, que empieza a arder crepitando. Ya están extendido el mantel y presta la comida improvisada. Es una de esas comidas de pueblo pesadas y sustanciosas, propia para gigantes con estómago de hierro; en ella no faltan el añejo pernil, la perdiz sabrosa, el lomo bien adobado, el queso blanco y

aceitoso; y tampoco falta—claro es—el buen vinillo de un rojo transparente, que se bebe a grandes tragos en un recio vaso de cristal, y que al encendernos la sangre, nos hace alegres y decidores.

Ya José Vicente, después del último bocado, apura el vaso postrero.

—¡Alabado sea Dios!

Y se repantiga en el sillón con aire de físico bienestar, los ojos chispeantes, el rostro encendido.

Mi tía María Jesús permanece silenciosa, y, de vez en vez, el sueño le hace inclinar la cabeza grave, solemnemente. Languidece la conversación. En la estancia próxima el cuco asoma una, dos, hasta once veces, su cabecita grotesca, no pudiéndose convencer—tal es su asombro—de que todavía estén aquí estos terribles trasnochadores.

LOS DOS AMIGOS

Cuando los dos amigos salen de la ciudad, una campana—desde la torre de una iglesia, que se destaca a lo lejos en medio de un montón de tejados, chimeneas y bohardas—tintinea repetida y suavemente. Es una mañana otoñal tibia y luminosa.

Han cruzado un paseo donde hay recios olmos de copas redondeadas, ahora amarillentas.

—Todo está lo mismo que hace treinta años cuando en lugar de ir a clase veníamos aquí para corretear, cazar pájaros o reñir a pedradas.

—Sí, todo está lo mismo que entonces.

Son, los que así hablan, dos hombres de más de cuarenta años. Se conservan ágiles y fuertes. En la barba de uno de ellos—espesa y negra—descúbrense algunos hilillos plateados. El otro, moreno también, va afeitado pulcramente. Los dos visten con sencillez, y cada uno de ellos lleva un paquetito bajo el brazo.

Los dos amigos siguen adelante; avanzan con paso firme, sin detenerse, cambiando de vez en vez unas cuantas palabras.

En el aire limpio y transparente recórtanse en curva graciosa unos montecillos lejanos. Más cerca, algunas casas de campo, algunos grupos de árboles enhiestos. Sobre la tierra esponjosa y parda —donde las alondras y los gorriones picotean—, sobre el verde jugoso de los huertos, cae el sol y reina un gran silencio.

—En este mismo sitio—dice uno señalando a una casa de recreo rodeada por un jardín bien cuidado—había una venta.

—Sí; la *Venta del Ciego.*

—¿Recuerdas? Por aquí nos sorprendió una tempestad un día de verano y tuvimos que guarecernos en la venta; allí, mientras oíamos caer la lluvia sobre los campos, mientras un mocetón sacrificaba un corderillo, junto a unos arrieros apurábamos unos vasos de vino y charlábamos con aquel famoso don Antolín.

—Parece como si ahora lo estuviera viendo.

Por el camino, en dirección contraria, un viejecillo sentado a mujeriegas sobre su asno pasa y saluda.

—Buenos días, don Ramón y la *compaña.*

—Buenos días.

Los dos amigos siguen andando. Un cuervo, a gran altura, aletea pausadamente, como bañándose con voluptuosidad en la pureza luminosa del aire. El canto claro y sonoro de unos gallos, que a lo lejos se contestan, desgarra el silencio. Del fondo de aquel camino, que pasa allá en lo hondo, oculto entre dos lomazos, se alza un leve tintineo de esquilas.

Se apartan de la carretera. Van por la linde de un olivar y unas tierras paniegas; después marchan a lo largo de un seto de acacias espinosas, tras el cual se ven árboles cargados de frutos y arriates cubiertos de otoñales flores. En el fondo hay una casita de muros blancos, que entapiza a trechos la maraña de plantas trepadoras.

—Hemos llegado. Pero tenemos que dar la vuelta. Ven por aquí.

La puerta—que da a un patio empedrado, con su gran parra llena de gruesos racimos dorados, con su higuera rotunda de anchas hojas obscuras—está entreabierta. Una perrilla sale a recibirlos, y en torno a ellos salta y corretea, va y viene, ladrando y regruñendo alegremente.

—¡Quieta, «Sultana», quieta!

Del fondo de una cocinilla obscura surge una mujer gruesa, de rostro curtido.

—Buenos días tengan ustedes.

—Buenos días, Vicenta, ¿qué tal?

—Vamos pasandillo, don Ramón.

—¿Pero no conoces a este señor?

—No sé..., no sé... Pero sí, ya caigo: es don Miguel. ¡Jesús, cuánto tiempo sin verle! ¡Si parece mentira que después de tantos años aún haya podido conocerle!

* * *

Los dos amigos han pasado unas horas en el huerto, andando de un lado para otro. Don Ramón no descansa un instante; coloca un rodrigón a este joven arbolillo de tallo demasiadc flexible; limpia aquel arriate de malas hierbas; lleva a su amigo junto a un cuadro de violetas, donde las florecillas azulean entre el verdor de las hojas, derramando en torno un aroma suave, exquisito; le hace ver unas macetas de crisantemos o un grupo de rosales.

—Mira, no los hay mejores en toda España,

Subido en una escalerilla, va arrebatando a las

ramas de los árboles sus frutos maduros y jugosos. Pasan junto a la alberca, en cuyas aguas se espejan jirones de cielo y el follaje de un moral pomposo que le da sombra. Entran en la corraliza, donde las gallinas picotean aquí y allá en la tierra blanda, donde se oye el gruñido de los cerdos, el chillido agudo de los pavos, el arrullo de las palomas y de las tórtolas. Se sientan un instante en la cocina. Bajo la amplia campana de la chimenea, en el hogar, casi a ras del suelo, arde un manojo de jara seca, borbollean unos pucheros, y de una sartén, que Vicenta remueve con cuidado, se esparce un vaho apetitoso.

* * *

Han comido al aire libre, bañándose de sol, junto a la puerta del jardín. Sobre el mantel blanquísimo hay, en un gran vaso de cristal, flores frescas, flores multicolores que mezclan sus aromas; hay, en fruteros de porcelana y de vidrio, o esparcidas sobre la mesa, frutas de dorado color, de un verde ambarino, de un rosa brillante, de un negro avinado. Las tazas de café humean, y unas copitas de cristal contienen un licor áureo y transparente.

Los dos amigos están silenciosos, pensativos. Su mirada parece flotar, imprecisa, sobre los campos llenos de quietud, dirigiéndose ora a los montecillos que azulean en la lejanía, ora a las nubecillas leves que cruzan por el cielo.

—¡Qué encantadora es esta paz! ¡Qué dulcemente se han de deslizar los días en este rincón delicioso! ¿Para qué las inquietudes de los que hemos rodado un poco por el mundo, de los que hemos ambicionado algo y hemos luchado mucho? Tú has sabido crearte una vida bella y sana; tienes tu hogar, tus hijos, tus flores. Has sabido vivir.

—¡Y si supieras cuántas veces te he envidiado! No puedes imaginarte la impaciencia con que abría tus cartas y el interés con que releía tus libros. Mientras tú caminabas libremente, recogiendo y derramando ideas y sensaciones, yo proseguía, año tras año, día tras día, mi vivir obscuro y triste.

—No obstante, muchas veces temo haber hecho de mi vida algo monstruoso. ¿De qué sirven unos cuantos libros—que no sé si son buenos o malos— y unos cuantos recuerdos? He logrado satisfacer algunos caprichos y no pocas vanidades. Pero como en el fondo de mi alma hay un vacío que nada

puede llenar, me parece haber vivido inútilmente.

—Tú ignoras los sacrificios de estas vidas silenciosas, aparentemente plácidas, y las inquietudes que traen los hijos. ¡Si supieras cuántas veces, pensando en lo que el porvenir pueda reservarles —ya en la propia vida no se piensa siquiera—he sentido una gran amargura!

* * *

Los dos amigos callan otra vez. Y su vista flota nuevamente, vaga, imprecisa, sobre los campos llenos de quietud; se dirige ora a los montecillos que azulean en la lejanía, ora a las nubecillas leves que cruzan por el cielo.

DESDE EL BALCÓN

Me he apeado en la estación de un hórrido poblachón manchego. Un vientecillo fresco, que anuncia el día, estremece las acacias desmedradas del andén con un leve susurro. El tren se ha puesto en marcha nuevamente. Y nosotros nos encaminamos, por calles desiertas, hacia el hotel. Hemos cruzado un amplio paseo donde hay una doble línea de árboles de troncos rugosos, negruzcos, y copas redondeadas. Hemos cruzado unas cuantas calles mal empedradas, donde se ven casas grandes y feas, blanqueadas de cal o pintarrajeadas de vivos colorines, con rejas de fuertes barrotes entrecruzados, con balcones voladizos, con antepechos de madera, con ventanucos cuadrados, con recias puertas claveteadas. Llegamos a una gran plaza de soportales angostos. Pasamos frente a una iglesia enorme. Sobre este poblachón hórrido y triste vierte la luna su claridad pálida y fría.

En el hotel nos han llevado a una habitación destartalada, húmeda, desapacible. En ella hay unos cuantos muebles miserables y un lecho monumental, tal vez no muy limpio. Nos ahogamos y sentimos repugnancia entre estas paredes despintadas, sucias, llenas de desconchones y grietas.

Hemos abierto el balcón. Frente a nosotros, sobre el fondo del cielo—que tiene ya palideces de aurora—se destaca la silueta cuadrada de una torre, surgiendo de un montón de tejadillos desiguales. Rompen el gran silencio el canto de unos gallos, el pataleo de unas mulas, los ladridos de un mastín. El aire fresco de la madrugada huele a tierra húmeda, a campos en germinación.

Frente a nuestro balcón vemos iluminarse de pronto una ventana. (Es una ventana grande con reja de gruesos barrotes labrados; es una ventana grande de una casona enorme y fea, blanqueada de cal, con portada de piedra y balcones voladizos.) Y en esta ventana, tras los cristales, hemos visto aparecer, y desaparecer al instante, una grácil figura de mujer.

* * *

Me han despertado—cerca del mediodía—gritos de vendedores, el tañido lento y grave de una campana, el rodar retumbante de unos carros sobre el pavimento desigual, ruido de gente que pasa charlando a voces.

Al abir los cristales del balcón, el sol y el aire entran, desbordándose, en esta habitación miserable, fría, húmeda, destartalada. El pueblo entero se baña en la luz dorada y tibia de este mediodía otoñal. El cielo es de un azul puro, intenso. Allá en el fondo, al otro lado del pueblo, más allá de la torre cuadrada, más allá del montón de tejadillos desiguales, se ve una ermita diminuta sobre un cerrete calvo. Las calles están sucias, llenas de estiércol, con charcos de agua corrompida. A la puerta de una tiendecilla charlan unos desocupados. Cruza el aire quieto, aleteando, una paloma.

Ante la puerta claveteada de la casa frontera—ante la puerta cerrada de esa casona enorme y fea, blanqueada de cal, con portada de piedra y balcones voladizos—se ve un grupo de mendigos, de mendigos sórdidos, de mendigos andrajosos, vestidos con anguarinas pardas, con sayas multicolores, con chaquetones rotos y mugrientos. ¿Qué

aguardan, sentados junto a la casa frontera, estos viejos miserables, estas mujerucas harapientas, estos seres de rostro repugnante, de carne enferma y llagada?

La puerta maciza y claveteada se ha abierto, y del fondo obscuro del zaguán ha surgido una figura menuda y graciosa de mujer.

Los mendigos se han agolpado junto a ella, y uno a uno van recibiendo de manos de esta muchachita enlutada, de esta muchachita de ojos grandes y obscuros, de cabellos negrísimos, de rostro pálido y cenceño; uno a uno van recibiendo de las encantadoras manos de esta muchachita adorable el don de caridad.

Los mendigos se alejan, uno a uno, lentamente, musitando oraciones.

La desconocida y yo hemos cruzado una mirada rápida, fugaz. La puerta se ha cerrado de nuevo.

* * *

Hace sólo unas horas que he llegado, y ya siento gran impaciencia por marchar. Sí, sí; es preciso salir de aquí cuanto antes.

He paseado por las afueras del pueblo; he an-

dado por un caminejo polvoriento que se aleja a través de los campos desnudos, secos, pardos. Me he sentado a descansar en la Glorieta del Convento. He bostezado de tedio en el Casino. He vagado por calles desiertas y enlodadas. Me he cruzado, de vez en vez, con viejecitas vestidas de negro, con hombres de rostro enjuto y de mirada hosca. Sí, sí; es preciso marchar de aquí cuanto antes.

Mientras llega la hora del tren, ya muy próxima, estoy sentado, gustando la amargura de esta sensación de fastidio y de tristeza.

Cae la tarde. En el cielo se ven grandes nubes violáceas con manchones rojizos. Se mezcla un leve tintineo de esquilas con un grave y lento tañido de campanas. Flota por todas partes una quietud pesante, abrumadora.

En la ventana frontera, medio velada por la azulenca y vaga semiluz del crepúsculo, veo la muchacha adorable de ojos y cabellos negrísimos, de rostro cenceño y pálido, de cuerpo menudo y grácil; veo—quizá por última vez—a esta muchacha encantadora. Y ya dispuesto a marchar, pienso en cuál será su vida en este poblachón hórrido y tedioso, en cuáles serán sus pensamientos, sus es-

peranzas, sus melancolías. Pienso con dolor en esas muchachitas dulces, tímidas, resignadas, que en estos poblachones feos, grandes, tristes, se marchitan estérilmente, mientras nosotros vamos por el mundo sedientos de felicidad.

DE LA ADOLESCENCIA

Hay momentos en que nos sentimos vivir más enérgicamente, más intensamente que nunca hasta entonces habíamos vivido. En esos instantes nuestro espíritu, reconcentrándose en sí mismo, ahondando en ese mundo interior donde todos—sin saberlo quizá—llevamos tesoros incalculables, se siente como inundado de luz; y de lo más íntimo le parece oír una voz misteriosa que le habla de algo divino y maravilloso. En esos instantes —igualmente—nuestro espíritu se ensancha, esparciéndose sobre cuanto le rodea, confundiéndose con todas las cosas y con todos los seres, grandes o humildes; y se nos figura sentir dentro de nosotros la hònda y misteriosa palpitación de ese mundo—lleno de maravillas también—que en torno nuestro vive. Esos momentos dejan siempre en el alma una huella imborrable. Por eso—aunque han pasado tantos años—yo no he podido olvidar,

ni podré olvidar nunca, aquella noche estival, aquella noche de mi adolescencia.

Caminaba, mar adentro, por la larga escollera. A uno y otro lado, mansamente, las olas venían a estrellarse en las grandes rocas. La tierra que había dejado atrás, el mar que ante mí se dilataba, los peñones por entre los cuales iba marchando en soledad y en silencio, estaban envueltos en sombra densísima. Sólo, en lo alto, fosforecían muy débilmente las estrellas. Ya cerca del faro, me senté, cara al mar, sobre una roca. Hasta mí llegaba la música de las aguas—una sinfonía gigante formada por mil ruidos confusos, por mil voces diferentes que por todas partes surgen, se contestan, se enlazan, van apagándose, se extinguen para renacer más pujantes, formando un todo indescifrable que escuchamos con el alma absorta.

¿Cuánto tiempo estuve allí? ¿Cuáles fueron mis pensamientos? ¿Cuáles fueron las imágenes que cruzaron por mi espíritu? No sé, no sé.

Lejos—desgarrando las sombras—se veía la manchita roja de una hoguera. De muy lejos también, llegaban hasta mi oído palabras sueltas y notas casi indistintas de varias canciones populares.

Sobre el mar comenzó a flotar un resplandor muy leve. Era como una nieblecilla blanquecina, muy tenue en un principio, que poco a poco se fuese densificando y creciendo. De súbito, las aguas parecieron inflamarse; y vimos surgir sobre un fondo de tinieblas un puntito rojo, que fué agrandándose, redondeándose, convirtiéndose en un globo de fuego, en una pupila gigante y sangrienta. La luna empezó a elevarse sobre las aguas, y bajo ella, el mar inquieto y palpitante parecía como si ardiera y sangrara también.

* * *

Marché a lo largo del muelle. La luna, ya muy alta, derramando sobre las aguas tranquilas del puerto su luz pálida y resplandeciente, las hacía rebrillar y fosforecer. Allá, enfrente, unos cuantos buques inmóviles dirigían al cielo estrellado sus altos mástiles. Más cerca, algunos viejos veleros se remecían plácidamente haciendo recrujir sus corpachones y las recias amarras. Lucecitas blancas, lucecitas multicores brillaban por todas partes, reflejándose muchas de ellas en el agua bañada por la luna. Crucé ante algunas tabernas y cafetines,

dentro de los cuales se oían charlas y voces, las palabras de alguna canción, el rasguear de una guitarra, la música quejumbrosa y plebeya de un acordeón. Y seguí adelante hasta perderme en la paz de los campos.

Junto al camino se veía una acequia, espejeante bajo la luna; y se oían el barboteo del agua al deslizarse mansamente y el susurro del viento al pasar por entre las cañas altas y tembladoras que, a trechos, en una y otra orilla crecían. Por todas partes reinaba un gran silencio, turbado sólo por mil rumores vagos que parecían palpitaciones de la tierra siempre rebosante de vida; por el ladrido de algún perro en la lejanía; por el croar de las ranas y el silbido cristalino de los sapos. Se veían, aquí y allá, bajo la luna y como ungidos por su blancura luminosa, ramilletes de álamos esbeltos, palmeras de copas redondeadas, barracas pequeñitas cuyas puertas sombrea el toldo espeso y verde de las parras, casas por cuyos muros blancos trepan enredaderas de anchas hojas, rodeadas de jardines diminutos.

¿Cuáles fueron mis pensamientos? ¿Cuáles fueron las imágenes que cruzaron por mi espíritu? No sé, no sé. Pero yo no podré olvidar nunca aquel

paseo a través de los campos en una noche estival, en una noche de mí adolescencia.

* * *

Después de haber errado al azar por algunas calles, llegué a un paseo que a lo largo del río se extiende, a un extremo de la ciudad. Me senté en un banco de piedra, cerca de una fuente, cerca de una palmera de tronco rígido, por el que trepaban, recubriéndolo de hojas verdes y de florecillas blancas, los jazmineros. Este jardín, sumido en una calma imperturbable, bañado por la luna; este jardín, de árboles inmóviles donde sólo se oía de vez en vez, entre las frondas, el aleteo de un pájaro adormilado o la vaga canturia de la fuente; este jardín, donde había flores cuyos aromas embriagan y adormecen, semejaba bajo las estrellas palpitantes un jardín encantado, un jardín de cuento de hadas.

Y, en medio de aquella paz, entre aquellos árboles inmóviles, de follaje obscuro, plateado por la luna; entre aquellas flores de grandes corolas que lanzaban al aire sus aromas capitosos y enervantes; junto a aquella palmera de tronco rígido,

cubierto de verdura, donde abrían sus estrellitas blancas los jazmines; al lado de aquella fuente cantarina, yo creo haber tejido el más bello de mis sueños... Romántica y dulce, de muy lejos, llegaba la música de un piano.

Cerca de mí pasó del brazo de una anciana una muchachita vestida de blanco. Sólo vi un instante su rostro moreno, sus grandes ojos negrísimos, su cuerpo alto, flexible, vestido de blanco, más blanco aún bajo el bautismo de la luna. Y desapareció al instante como la visión encantadora del más dulce de los sueños.

¿Cuánto tiempo permanecí allí? ¿Cuáles fueron mis pensamientos? ¿Qué visiones cruzaron por mi imaginación? No sé, no sé. Sólo sé que aquella noche fué una de las más bellas de mi vida. Sólo sé que aquella noche hubiera querido ser poeta.

GEÓRGICA

Nos hemos tendido a descansar a la sombra de unos árboles. Hay cerca una fuente de aguas serenas y claras, en cuya haz se reflejan el verdor obscuro de las frondas, manchitas de cielo azul, rayos de sol que, al quebrarse, lanzan destellos deslumbradores. Todos sentimos la serena fatiga, el cansancio viril que se experimenta tras haber caminado durante horas y horas libremente por los campos, con el espíritu abierto a todas las sensaciones.

Ahora, durante algunos instantes, gozamos de un plácido adormecimiento. Diríase que nuestras almas, abandonando los cuerpos ya rendidos, volaran a confundirse con cuanto nos rodea. Si abrimos los ojos, vemos—a través de los árboles, que de tiempo en tiempo se estremecen y palpitan—un jirón de cielo luminoso. Un pájaro diminuto se

cierne allá en lo alto, y nosotros, involuntariamente, lo seguimos con la mirada, pareciéndonos como si volásemos también, llevados por la atracción misteriosa que sobre nosotros ejerce aquel puntito negro. Otras veces nuestra vida sigue la marcha serpeadora del regato, que espejea bajo el sol, apareciendo y desapareciendo entre la yerba larga y jugosa y entre los ásperos juncales. Quizá, más cerca, despierta nuestra curiosidad un insectillo apenas visible, y le miramos avanzar con tenacidad de héroe, salvando los obstáculos que puedan presentarle unos granitos de arena, una matoja espesa, una piedrezuela menuda... O es una florecilla delicada, frágil, que, abierta sobre el tallo flexible, parece estremecerse de placer cuando una ráfaga de viento la acaricia. Y llegan hasta nosotros mil ruidos, mil rumores que, confundiéndose, forman una armonía indescifrable. Ora es el cansado bordoneo de unas colmenas, ora es el murmullo apenas perceptible del agua al deslizarse mansamente, ora es el graznido de un pajarraco negro que pasa sobre nosotros batiendo con pesadez sus alas recias, ora el tintineo de unas esquilillas lejanas. En nuestras sienes golpea enérgicamente la sangre roja y cálida. Por dondequiera

percibimos la profunda palpitación de la vida, que llega a nuestros espíritus como un arrullo plácido.

* * *

Poniéndonos en marcha nuevamente, hemos caminado junto a la laguna de aguas azules y quietas que se ensanchaba perdiéndose a lo lejos. Hemos trepado por senderos agrios hasta la cima de la áspera roqueda, tras la cual parece asomarse temerosa aquella ermita de blancos muros. Nos hemos perdido entre espesura de carrascos y de jara florida. A la puerta de un chozo hospitalario hemos trabado charla con viejos rabadanes. Junto al molino viejo los plateados álamos del río nos brindaron su sombra y su murmullo. Azotó nuestros rostros el viento de la altura, y nuestra carne huele a yerba montanera. Y durante horas hemos seguido adelante...

* * *

Ha pasado junto a nosotros lentamente uno de esos carruajes antañones, uno de esos enormes familiares en que pasean su tedio los aristócratas de las pequeñas ciudades castellanas. Al alejarse,

fué dejando tras sí una nube de polvo que el sol poniente dora y parece inflamar. Ya sólo nos separan de la ciudad unos cuantos kilómetros. Pero he aquí que una venta, al borde del camino, nos brinda unos instantes de reposo y apetecible refrigerio.

Desde hace muchos años, todos conocemos la venta. Se halla a un lado del camino, con sus muros blanqueados pulcramente; con sus ventanitas cuadradas; con sus arriates estrechos—que corren a lo largo de las paredes—, donde hay plantas de mirabeles y rosalillos polvorientos; con su parral, que trepa retorciéndose a un lado de la puerta, para tender en lo alto un dosel de verdura palpitante.

Lo mismo que en las tardes primaverales de nuestros años mozos, tras de vagar por los campos libremente durante muchas horas, llegamos a la venta sudorosos, jadeantes.

Cruzamos una cocinilla envuelta en semiluz dudosa. Junto a la chimenea de campana enorme, en un rincón, dos hombres beben y charlan con gravedad patricia; son dos arrieros o trajinantes que vienen a la ciudad desde tierras lejanas. Están sentados junto a una mesilla de madera blanca; sobre

ella hay un jarro panzudo de tierra cocida y vidriada, y, a cada lado, a medio llenar, un vaso de cristal recio y pesado. Después, al atravesar un pasadizo obscuro y estrecho, oímos a un niño que llora y el ritmo pesado y monótono de una de esas buenas canciones maternales que calman y adormecen como un arrullo.

Detrás de la venta se extiende la llanada recubierta de mieses crecidas y ondulantes. Queremos beber al aire libre, y nos sentamos a la sombra de un moral pomposo. Juanilla nos ha traído algunos vasos y un jarro de tierra roja, lleno de vino fresco, espumeante, que colocamos ante nosotros, sobre la yerba.

Todos bebemos, y bromeamos un instante con Juanilla, que es una muchacha pequeñita, avispada. Brindamos por que sus ojos negros rindan muchos corazones. La chicuela se aleja corriendo, con las mejillas encendidas.

Bajo el porche del corralillo de la venta hay un hombre sentado: don Antolín. Aunque la tarde es cálida, don Antolín está envuelto en una capa parda y roñosa. Cubre su cabeza un hongo grasiento y desteñido.

—¿Quiere usted echar un trago, don Antolín?

Don Antolín no contesta; pero le vemos levantarse y dirigirse con lentitud hacia nosotros.

—¡A la salud de ustedes...!—Y apura el vaso, sin apresuramiento, con la calma de un hombre para quien no tiene secretos la vida.

Don Antolín es un misterio para nosotros. Es un hombre medio filósofo, medio idiota, que vive sin hacer nada, sin que sepamos de qué. Tendrá unos cuarenta años. Es alto, de cara enjuta cubierta de barba rala; y sus ojos son grises e inexpresivos. Dicen que hace veinte años derrochó en poco tiempo su pequeña fortuna. Desde entonces, la vida de don Antolín es misteriosa y extraña. Tiene una casucha medio hundida en las afueras de la ciudad. Algunas veces le hemos visto, de madrugada, vagar de calle en calle, charlando con los serenos. Le hemos hallado otras veces, en las tardes de sol, errando entre viñedos y sembrados, tendido a la sombra de una oliva o platicando a la puerta de una venta.

No lejos de nosotros, las gallinas van y vienen de un lado para otro, picoteando y removiendo la tierra. La noria gira pausadamente, chirriando; y un chorro de agua clara va a caer en la alberca, sombreada por un viejo saúco. Un tren cruza con

lentitud en la lejanía, más acá de las montañas azules.

Entretanto, la tarde va, poco a poco, cayendo, en medio de una calma y una serenidad infinitas. En el cielo, de azul suave, arden nubecillas rojas. El viento del atardecer hace ondular las mieses, entre cuya verdura se ven manchitas de flores blancas, amarillas, sangrientas. Por el camino, cantando, pasa un grupo de mujeres. De la tierra toda se levantan—en la paz de la tarde—mil rumores vagos que hablan de vida y de fecundidad.

* * *

Cuando llegamos a la ciudad, después de haber caminado a la luz de la luna, se oyen, lentas, espaciadas, nueve campanadas sonoras. Las calles están casi desiertas; las tiendecillas se van cerrando una tras otra. En algunos balcones hay, asomadas, muchachitas con trajecitos claros, vaporosos.

UN RINCÓN DE NORMANDÍA

LA LLEGADA

El tren se ha detenido—sólo por unos instantes—en la estación humilde de esta pequeña ciudad normanda. ¡No hay que perder un segundo! Y descendemos con rapidez, un poco aturdidos, bastante fatigados, tras un viaje de muchas horas. Es de noche. Una opaca negrura lo envuelve todo. Cae una llovizna menuda, fría, persistente. Las luces del andén iluminan a trechos la tierra húmeda y blanda. Se ven dos o tres hombres que van y vienen de un lado para otro apresuradamente. Algunos viajeros pasan junto a nosotros.

Cruzamos unas cuantas palabras con un cochero de cara abotargada y grotesca, de ojos alocados, que nos habla a voces... Ya el carruaje se puso en marcha. A través de los cristales empañados, salpicados de lluvia, vemos vagas siluetas de árboles recios, altos, que se alínean a lo largo del camino, y de casas medio esfumadas en la sombra. Des-

pués, luces pálidas, una calle recta, una plaza enorme, algunas tiendecillas, algunas ventanitas iluminadas. Y al entrar en esta ciudad adonde llegamos tras varios días de camino, donde a nadie conocemos, donde no sabemos las sorpresas que nos prepara la vida; al entrar en esta ciudad cuya existencia ignorábamos no ha mucho, nos atrae más que nunca el misterio de estas ventanitas iluminadas; estas ventanitas, estas tiendecillas iluminadas nos dicen algo que en vano quisiéramos adivinar, de vidas que desconocemos, de venturas, o inquietudes o dolores que no son los nuestros.

Llegamos a un hotel, que, quizá por ironía, se llama *Hotel del Paraíso*. Luego, por la escalera angosta, por un pasillo cuyo entarimado brillante recruje bajo nuestros pies, una moza nos conduce a una habitación. La moza es alta y rubia; y, sin pretenderlo—podéis creerme—, ya averiguamos de ella tres cosas trascendentales: que se llama Georgette, que tiene unos ojos azules, cándidos, casi infantiles, y que luce unos brazos muy bellos.

Poco después, desde la cama—que, como está limpia y llegamos rendidos, nos parece deliciosa—oímos el tin-tin rápido de un reloj, el rastrear

de unos zapatones de madera; luego, nada. La lluvia, fría, menuda, persistente, sigue cayendo, cayendo. Nuestros párpados, pesados, se cierran poco a poco. Y nos parece como si, poco a poco también, algo de nosotros se disgregara y diluyera, produciéndonos una sensación encantadoramente plácida.

DESPERTAR

Una campanita—muy lejos—tintinea lentamente. Luego la campana de las Benedictinas y la campana de Nuestra Señora le responden. Flota en el espacio una claridad todavía indecisa, como un vaporcillo blancuzco y frío. Se oye un carro avanzar pausadamente; el rastrear de unos zapatones de madera sobre el pavimento desigual. Las estrellas se apagan poco a poco. Y mi imaginación renueva esas visiones vagas, esos pensamientos confusos que, medio adormilados aún, hemos acariciado tantas veces al despertar con el día.

Y unos instantes después he salido a la calle.

—Buenos días, señora Lolé.

—Buenos días, señora Gaillard.

Veo a las dos viejecitas que cambian el saludo matinal. Una, de cara redonda y encendida, asoma la cabeza por la ventanilla diminuta. La otra, de

cuerpo gordezuelo y de rostro apacible también, aparece tras de la puerta que acaba de entreabrir. Las dos tienen la cabeza cubierta por cofia blanca.

Y sigo adelante por la calleja solitaria. En ella hay casas diminutas con ventanitas cuadradas, con puertecillas angostas, con tejadillos pinos y musgosos. Allá, enfrente, por cima de aquel muro bajo y macizo, se asoman unos árboles rotundos; y el aire húmedo y frío que me azota el rostro hace temblar—con un susurro largo—las hojas amarillas.

Mil veces he cruzado este paseo—entonces lleno de rumores plácidos y de grata frescura—en los atardeceres estivales. Ahora está solitario, húmedo, inmensamente triste. Mis pies se hunden en la tierra reblandecida por la lluvia, sembrada de hojas secas. A uno y otro lado, árboles de tronco renegrido, de copas medio desnudas ya. En lo hondo, el río, que se desliza mansamente.

Sigo el camino que, recto, entre los campos va avanzando, perdiéndose. Como todas las mañanas, al pasar, cambio un saludo con la muchacha rubia que conduce vacas hacia la pradera, con el viejo que marcha lentamente junto a su carretón pesado y enorme. En la copa de un árból se oyen grazni-

dos roncos, largos; y un cuervo se aleja volando bajo el cielo, donde hay nubes obscuras con reflejos de grana.

Y sigo avanzando siempre, pensando en yo no sé qué cosas, a la vez bellas y tristes, del ayer, del mañana...

DEL CAMINO

El viento estremece sin cesar, con gárrulo murmullo, las copas de los árboles y hace ondular las mieses. El camino albicante se pierde a lo lejos serpeando, bajo el cielo de un azul desteñido y cenizoso, por entre los campos de opulenta verdura donde se ven, de trecho en trecho, manchas de flores blancas, amarillas, azules, de un rojo encendido o de un rosa muy suave. El sol es muy cálido y aplanante, y por dondequiera nos envuelve el silencio; el divino silencio de los campos, tan llenos de rumores.

De un árbol próximo, al acercarnos nosotros, se aleja un cuervo aleteando. Hay vacas tendidas perezosamente en medio de un herbazal sombreado de frondas. Más lejos, un campesino avanza con lentitud guadañando el trébol. Y, más lejos todavía, unas cuantas mujeres agavillan el heno recién cortado y lo colocan en grandes haces ergui-

dos contra el suelo para que se oree mejor. Y si cruzáis los campos envueltos en el dulce misterio del crepúsculo o en la pálida claridad de las noches de luna, los haces alineados os habrán de parecer—yo no sé qué poeta lo ha dicho—figuras de mujeres errantes, bajo el leve temblor de las estrellas.

Y sedientos de emociones, y saboreando el encanto indecible de esas mil cosas amables y sencillas que de súbito—en el recodo de un camino, en el fondo de un valle, en la espesura de un bosque, en un caserío humilde—se nos van presentando ante la vista, caminamos siempre a través de los campos silenciosos.

* * *

Hemos llegado a un pueblo diminuto. Es uno de esos pueblos insignificantes y olvidados que sólo el azar nos hizo conocer y del que ignorábamos hasta el nombre unos minutos antes. Es un pueblecillo que, cuando en él penetramos, parece tener para nosotros una acogedora sonrisa llena de placidez y de dulzura; uno de esos pueblecillos que recorremos en algunos instantes y que no tardamos en abandonar—quizá para siempre—luego

de haber recogido unas cuantas impresiones ligeras, que nos hablan de algo lleno de humildad, de reposo y de melancolía. Es un pueblecillo normando de casas pequeñinas, sobre cuyas puertas florecen los rosales trepadores. De entre las cubiertas de pizarra, de entre los tejadillos pinos que la humedad constante ennegreciera y aterciopelara cubriéndolos de musgos esponjosos, surge, recta y gallarda, una torre. Dominando el agudo chapitel hay un gallo dorado, de aire provocativo y fanfarrón.

A un lado del camino que a él nos lleva se extiende la laguna de aguas dormidas, verdinosas, donde croan las ranas invisibles. Las golondrinas, revolando, yendo y viniendo sin cesar, rasan la superficie tersa de las aguas. En las márgenes hay juncos, lirios silvestres, zarzas, árboles recios y pomposos. Y enfrente, sobre el fondo de verdura, se destaca a lo lejos la cruz de hierro labrado y herrumboso de un calvario.

Hemos recorrido unas cuantas calles rectas, silenciosas, donde nuestros espíritus, forjados bajo cielos ardientes, aguardaban en vano oír una canción. Hemos visto pasar junto a nosotros algunos hombres pesadotes y tardos, algunas viejas de cofia blanca, algunas muchachitas de trenza rubia.

Llegamos a una plazoleta abandonada donde la yerba crece libremente, alta y jugosa. Unos cuantos olmos gruesos y copudos tienden manchas de sombra sobre el tapiz de verdura, en que hay blancor de margaritas. La iglesia se levanta ante nosotros, pequeñita, humildosa, medio cubierta por la yedra. Y, en su interior, todo—los muros blancos, la bóveda de madera ennegrecida, las vidrieras polícromas, el altar que adornan flores de los campos—nos da una buena sensación de paz y dulzura. Y hemos vuelto a pensar, como tantas veces, mientras descansábamos un instante, en que la vida, siempre tan varia, siempre tan misteriosa, guarda por dondequiera un nuevo secreto y un nuevo encanto para quien sabe amarla intensamente.

* * *

Y hemos vuelto a cruzar caminos solitarios, caseríos silenciosos y campos llenos de verdura y de sol. El agua fugitiva y querellosa nos repitió salmodias de pureza; los árboles floridos nos brindaron su sombra y sus perfumes.

Y hemos llegado a un bosque cuyos troncos rectos y flexibles se elevan gallardos hasta una

gran altura. Se oyen murmullos lánguidos de frondas, arrullos de aves invisibles; un ruiseñor que canta, un cuervo que graznando le responde. Y una claridad azulada e indecisa baña el cielo, donde ya se perciben vagamente fulgor de luna y palpitar de estrellas.

LOS TERRIBLES NORMANDOS

¿Quiénes son estos hombres pesados, enormes, pacíficos, con los cuales hemos hablado tantas veces en nuestra pequeña ciudad, con los cuales nos hemos cruzado tantas veces en los caminos? ¿Quiénes son estos hombres graves, tardos, que hemos visto pasar en carros formidables, que hemos visto llenar la plaza en los días de mercado, que hemos visto avanzar con lentitud—y siempre silenciosos—tras el arado que trabajosamente desgarraba la tierra? ¿Quiénes son estos hombres de rostro enrojecido y de mostacho grande y rubio, que vimos en el fondo de obscuros cafetines apurar cachazudamente grandes vasos de sidra o copas diminutas de calvados, y que los domingos por la tarde, cuando hace buen tiempo, paseaban junto al río, luciendo el hongo y la señora?

¿Queréis saber quiénes son estos hombres graves, estos hombres cachazudos, estos hombres

abotargados y tacitunos? Un amigo mío, bibliotecario municipal, acaba de revelarme tan profundo secreto.

—Estos hombres—me ha dicho ese señor—son descendientes de aquellos gigantes del Norte, de aquellos fieros normandos que desde los mares sombríos y misteriosos del Septentrión llegaron hasta aquí, derramando por doquiera la desolación y la muerte. A su paso, todo ardía, todo se derrumbaba, no quedando tras ellos sino ruinas humeantes y sangrientas. No dejaban en las ciudades piedra sobre piedra «ni en los campos un perro que ladrase».

Y al despedirme del señor bibliotecario municipal cruzaban por mi imaginación visiones terribles y alucinantes.

* * *

Una hora después me encuentro sentado en el *Café del Comercio.* Desde mi rincón veo la plaza enlodada y desierta. Sigue cayendo la lluvia menuda y tenaz. Una muchacha de rostro embadurnado con colorete me sirve un vaso de cerveza.

Frente a mí, envueltos en una espesa nube de humo azulado, hay algunos hombres que juegan

a las cartas, y fuman, y beben. Hasta mi oído llegan palabras de significado misterioso: *pique... carreau... atou...* Así pasan horas y más horas, sin discutir, sin irritarse, estos hombres pacíficos, de ojos adormilados; así pasan las horas, jugando, bebiendo, fumando siempre.

Y no puedo menos de sonreír al pensar que estos hombres graves, tardos, bonachones, puedan ser los fieros, los terribles normandos.

LAS BENEDICTINAS

Fué una tarde de otoño cuando entré por vez primera en este refugio de paz. Una tarde de otoño en que el viento recio de la tierra normanda empujaba las nubes densas en un cielo obscuro. Las hojas, doradas unas, de un púrpura desteñido otras, caían incesantemente, volteando en el aire, arrastrándose después en el suelo humedecido por la lluvia menuda, fría, tenaz. El pórtico de las Benedictinas, con sus árboles amarillentos, medio deshojados, con la yerba larga que recubría la tierra, con las últimas flores otoñales que se marchitaban en el huertecillo diminuto, con el silencio dominador que lo envolvía todo, nos hablaba de tristeza irremediable, de profunda melancolía. Y en mi espíritu se agolpaban—lo mismo que las nubes densas en el espacio—obscuros presentimientos, sombra de amarguras crueles.

En el templo, donde flotaba apenas una vaga

semiluz, una viejecita vestida de negro y cofia blanca oraba en silencio. En el coro se veía también negrura de hábitos y blancor de tocas conventuales. Ante el altar había unas palmerillas enanas. Por los ventanales de vidrios multicolores se filtraba una suave claridad. Y en aquel templo diminuto nos invitaba todo a la paz, al renunciamiento. Y, gustando la amargura de nuestras melancolías, hubiéramos querido ir extinguiéndonos poco a poco, como aquella tarde otoñal tan intensamente triste.

* * *

Transcurrieron muchos días, muchos meses. Es una tarde de mayo. Al seguir el vuelo de las golondrinas que pasan, vemos en el espacio nubecillas muy leves, teñidas de un oro y un púrpura muy suaves. De vez en vez, el aire—sin que sepamos de dónde—nos trae perfumes apenas perceptibles. En el pórtico de las Benedictinas los árboles están cubiertos de delicadas corolas, rosa y blancas. Hay lilas vestidas de hojas nuevas y racimos de perfumadas flores. Entre la yerba alta, verde y jugosa hay flores también—esas florecillas doradas que vimos tantas veces, en primaveras remo-

tas, brotar, con las amapolas encendidas, con las margaritas humildes, entre las altas mieses, por los campos austeros de Castilla... Salimos de la iglesia diminuta, solitaria ahora. Las golondrinas pasan y pasan sin cesar, revolando por el aire fresco y transparente, donde parecen flotar una serenidad infinita, una calma adormecedora. Una campanita suena. Y nuestros pensamientos están llenos de la paz encantadora que parece brotar de todo. Por nuestra alma, estremeciéndola, ha cruzado una imagen femenina. Y en este asilo de paz, al desmayo muy dulce de una tarde muy bella, sentimos como si, después de tantas amarguras y de tantos desastres, el pobre corazón refloreciese.

NIEVE

Yo creo haber cantado alguna vez la belleza de la nieve. La belleza de la nieve que en los atardeceres invernales vemos caer callada, dulcemente, tras los cristales de nuestra estancia acogedora y tibia. Yo he cantado alguna vez la belleza de la nieve que vemos caer en esas tardes en que, luego de haber trabajado muchas horas, dejamos volar el alma libremente, embriagándose en un ensueño, deshojando una ilusión, o, tal vez, mirando abrirse ante ella y florecer una esperanza... Yo creo haber cantado alguna vez la belleza de la nieve que va cayendo silenciosa, lenta, misteriosamente, en esas frías tardes invernales cuando la sombra se va espesando poco a poco en torno nuestro, y comentamos cosas graves de la vida con alguien que nos ama mucho y nos ha visto nacer.

Pero hoy la nieve me ha revelado su trágico secreto de miseria y de muerte irremediables.

Estoy solo en mi estancia, en una casa pequeña, perdida en la vastedad de los campos, de estos campos muertos que la nieve cubre y envuelve en un silencio profundo y terrible. Tras de mi ventana he seguido día tras día, hora tras hora, el continuo caer de estos copos ligeros y blancos, que a veces descendían misteriosos y lentos, que giraban a veces en raudos torbellinos, o danzaban llevados al capricho de una racha de viento. Y la tierra fué ocultándose poco a poco—como si desapareciera para siempre—bajo la albura inmaculada.

Y han pasado los días; y la nieve sigue cayendo lenta, sigue cayendo siempre. Endurecida por el hielo, semeja ya una gran losa de mármol bajo la cual duerme—sueño de eternidades—todo germen de vida.

Ni un rumor, ni una voz...; sólo el silencio inmenso, imperturbable. El crepúsculo envuelve, en semiluz cárdena, el paisaje helado y trágico. Unos árboles se alzan en medio de tanta desolación. Se oye un graznido ronco. Un cuervo hambriento cruza ante mí, batiendo pausadamente sus grandes alas negras.

LOS EXTRANJEROS

Es una de esas tardes en que el rumor de la lluvia pertinaz, las nubes densas que cubren el cielo, el silencio y semiluz que nos envuelven nos hacen gustar aún la triste poesía del invierno. Pero es también una de esas tardes en que el toldo de las nubes, desgarrándose de súbito, deja pasar un rayo de sol que rebrilla en la yerba chorreante donde se abren ya las primeras flores, y en las ramillas de los árboles, cubiertas de brotes nuevos; una de esas tardes en que al mirar al campo percibimos ya como un presentimiento de la primavera.

Es una tarde de marzo, y es tarde dominical. Ante las tazas de te humeante, mientras la lluvia cae, y el sol, de vez en vez, vierte oleadas de luz sobre los campos, nosotros—cuatro o seis extranjeros—charlamos frívolamente. Aquí nos sentimos

todos muy extraños. Y en esas tardes obscuras, lentas, tristes, en que sobre nuestras almas pesa más cruelmente la melancolía del destierro, nos hemos reunido muchas veces.

La señorita D. juega distraídamente con un clavel rojo, que se destaca sobre su vestido negro como una mancha sangrienta. Gusta de los vestidos negros y de las flores rojas. Su cuerpo es largo, fino, frágil; y en su actitud hay siempre algo de abandono y de cansancio. La luz que penetra por el amplio ventanal arranca a sus cabellos castaños un metálico reflejo. Su rostro es fino y pálido; y entrecierra sus ojos—unos ojos bellos que saben leer en las almas—mientras juguetea distraídamente con el clavel encendido. En el estudio de la señorita D. he pasado muchas horas viendo cómo la arcilla blanda—que a veces parecían acariciar y castigar sus manos blancas y nerviosas—convertíase en vida.

El señor K. nos ha contado hoy cosas de países remotos. Es uno de esos luchadores que consideran la existencia como un tesoro. Hace veinticinco o treinta años, cuando era casi un niño, partió de un pueblecito escandinavo; y después ha recorrido medio mundo. En su rostro sano, macizo, imperio-

so, hay unos ojos azules cuya mirada tiene algo de ingenuidad y de dulzura infantiles.

La señorita W.—una inglesa siempre callada, siempre impenetrable—hojea una revista con gesto de indiferencia.

Las conversaciones van languideciendo poco a poco. Y parece como si todos saboreásemos ahora el encanto de la gran paz que nos rodea o la embriaguez de nuestros pensamientos.

Después, uno de los presentes ha dicho:

—Señor P., ¿quiere usted tocar una canción de Schumann?

El buen señor P.—este viejecito menudo, de cabeza romántica, de melena rizosa, de barbita aguda y blanca—se encamina silenciosamente hacia el piano, abriéndolo con lentitud, y toca la Pieza Fantástica *Des Abends*. Sus notas—dulces y tristes como esta tarde dominical—despiertan en nosotros remembranzas de días que murieron, deseos de cosas imposibles. Y nuestros espíritus—nuestros pobres espíritus de desterrados—vuelan por caminos diferentes, cada cual a un rinconcito de la tierra jamás olvidado.

MALOU Y PAULETTE

Si quieres, lector amable, conocer a mis dos buenas amigas Malou y Paulette, sígueme hasta aquella casita de muros blancos, de tejado de pizarra, que se yergue, allá, lejos, encima de un alcor. Crucemos estos prados verdegueantes, que las margaritas bordan de estrellas de nieve; atravesemos luego el bosquecillo de pinos esbeltos, y recorramos después la avenida de castaños pomposos. Ya estamos junto a la puerta. Un perrazo negro, que ante ella dormitaba—el viejo «Black»—ha salido a recibirnos con aire pacífico y acogedor. Al penetrar en el amplio *hall*, donde se ven, entre muebles elegantes y ligeros, palmerillas enanas y grandes ramos de rosas frescas, quizá distingamos ya las figuras graciosas de Malou y de Paulette, o, tal vez percibamos el ruido de sus pasitos menudos, de sus carreras precipitadas, de sus vocecitas alegres y de sus risas claras e ingenuas, con lo cual

nos harán comprender que no se hallan muy lejos de nosotros.

Malou tiene seis años. Su rostro es fino, armonioso, demasiado perfecto. Unos buclecitos crespos de sus cabellos castaños caen enmarcando graciosamente sus mejillas frescas—frescas como las rosas—. Malou es seriezuela y tímida. Casi siempre, al hablar, entrecierra sus ojos bellos, inclina su cabecita ruborosa, y dice palabras quedas, suaves, temerosas. Y tiene ese mismo gesto de timidez cuando, sentada junto al piano, estudia, seria y preocupada, un vals sencillo.

Paulette es un diablejo rubio y menudín, pícaro y travieso, que no se cansa nunca de reír ni de jugar, que habla con un gracioso ceceo. Por más que su abuelita la regañe, os obligará, la locuela, a que la hagáis saltar mil veces por el aire, a que la hagáis cabalgar sobre vuestras rodillas, y en todo caso no tardará en elegiros por víctima de sus diabluras.

No hace mucho tiempo que fuí presentado, sin grandes ceremonias, a Malou y a Paulette, y ya —si exceptúo al viejo «Black»—soy su mejor amigo.

A veces las encuentro paseando por el bosque, y Malou y Paulette, con sus gabancitos rojos, con

sus gorritos de punto, corren hacia mí alegremente para saludarme. Otras veces oigo en el jardín sus vocecitas y sus risotadas; veo sus cabecitas graciosuelas iluminadas por un rayo de sol; me llaman, y corren a esconderse tras el follaje de un laurel o de un rosal florido. Otras veces las miro hojear un libro de cuentos, en el saloncito desde cuyas ventanas se domina el campo verde y bañado de luz.

* * *

Dentro de unos años, Malou y Paulette serán dos muchachas encantadoras. Por dondequiera, al pasar, irán dejando una estela de hermosura y de gracia. Y no faltarán corazones juveniles que, al contemplarlas, sueñen en cosas muy bellas.

Entonces Malou y Paulette se habrán olvidado de este pobre amigo suyo, que será ya un señor muy grave y un poco desencantado; que vivirá muy lejos—acaso en una calleja silenciosa de una ciudad castellana, y que tal vez en sus horas tristes no tendrá dos muñequitos traviesos, dos diablejos encantadores—como vosotras, mi querida Malou, mi adorable Paulette—, que traigan a su espíritu desolado un poco de consuelo.

AL ARRULLO DEL AGUA

Cantemos una vez más la poesía del agua que corre mansamente por entre piedrezuelas menudas y arenitas de oro, junto a la yerbecilla jugosa y florida que sus ondas besan.

Sedientos, rendidos, hemos llegado al borde del riachuelo de aguas cantarinas y espejeantes. Y tumbados sobre la yerba—donde hay florecillas de corolas blancas, azules, doradas—contemplamos balancearse levemente sobre nosotros las ramas flexibles de unos árboles de hojas tembladoras, o nuestra mirada se pierde en el azul profundo del espacio.

Y parece como si el murmullo suave, aquietador, de las aguas derramase en nuestro espíritu una caricia serena. Se diría que nuestra alma se despliega, se esparce, flota como un perfume en el aire luminoso, y se va adormeciendo dulcemente. Y el agua sigue pasando siempre, sigue can-

tando siempre. Aquí, salta, se agita, burbujea; más lejos, en calma—como si palpitase—ondula graciosamente; ora quiebra un rayo de sol en haces de oro; ya, juguetona, acaricia y sacude las yerbas largas que brotan de su fondo y que, en ella sumergidas, parecen cabelleras de esmeralda.

Entretanto, llega hasta nosotros el estridente concierto de las ranas. Dos mariposillas blancas se persiguen entre las ramas en flor. Los pájaros derraman su alegría en gorjeos sonoros. Y envueltos por la majestad del silencio y los mil rumores del campo, nos vamos adormeciendo poco a poco. Y, sin palabras, brota del fondo de nuestro ser un himno a la Primavera y al reposo.

DEJAD A LOS ENAMORADOS

¡Oh, estos atardeceres estivales, en que la fresca ventolina nos trae aromas de los campos; en que la luz va desmayando poquito a poco, imperceptiblemente; en que el cielo tiene nubecillas rojas y doradas, y en que la tierra, recalentada por el sol, parece estremecerse de vida voluptuosamente!

En estos atardeceres estivales me gusta pasear con lentitud—cual si fuera un viejecillo pacífico y resignado—bajo estas acacias en flor, bajo estos álamos palpitantes; me gusta caminar a lo largo de estas avenidas obscuras, y, después, reposar un largo rato en este banquito medio oculto entre ramas tupidas; en este banquito retirado en que tantas veces me he venido a sentar tras mis largos paseos, y donde unas veces he saboreado páginas de un libro amigo, y otras veces he dejado el espíritu volar libremente, de idea en idea, de recuerdo en recuerdo.

Pero, mirad. Frente a mí hay una pareja de jóvenes. Ella es una muñequita deliciosa, de cabello rizado, de cara traviesa, de ojos vivos, picarescos. Él es un mozo vulgar, antipático (yo no sé por qué me han parecido siempre vulgares y antipáticos los novios de las muchachas bonitas). Y he aquí que, embebecido en mis divagaciones, no había notado su presencia. Pero, ¿por qué han enmudecido de súbito? ¿Por qué ella, al mirarla yo, ha enrojecido de pronto? ¿Por qué se han levantado y se alejan? Sin duda, gorjeando furiosamente, este buen pajarillo cantarín quiere hacerme comprender que he sido un indiscreto; este buen pajarillo cantarín y curioso que, asomándose por las verdes celosías de las frondas, acaso fuese testigo de ternezas inefables.

* * *

Y, un instante después, voy caminando, lenta, filosóficamente, junto al río, en busca de la soledad. Miro el agua que, espumeante y bullidora, pasa a inundar un prado verdegueante. Allí, más lejos, la corriente se remansa, y, en su cristal inmóvil, el río refleja los árboles esbeltos de la ori-

lla. Más lejos aún, se distinguen las siluetas idílicas de unas vacas. Y como un buen burgués que gustase de sentimentalismos, exclamo: «¡Qué bella es la soledad!» Pero al momento percibo, tras unas matas en flor, otra pareja de enamorados.

* * *

Cuando regreso a la ciudad, ya flota sobre los campos una leve claridad de luna. En la paz de la noche, los rumores más tenues se intensifican, se agigantan. La tierra toda parece agitarse pletórica de vida.

Por aquel caminito sinuoso y blanco mézclanse voces varoniles con frescas y claras risas femeninas. Indudablemente el divino amor bate también por allí sus alas.

* * *

Si buscáis la soledad y el reposo en estos atardeceres de estío, luminosos y fragantes, huid de estas avenidas obscuras, huid de estas alamedas que se reflejan poéticamente en las aguas del río, huid de este caminito que avanza a través de los campos dormidos; porque en todos estos lugares—creedme—reina ahora el travieso Amor.

PICARD

En un colegio de este rincón de Normandía he conocido al pequeño, extraordinario y por tantas cosas enorme Picard.

Picard era nada menos que un filósofo, un filósofo de siete años. Cuando acabara de nacer, Picard ya tendría seguramente cara de viejecillo, y nadie dudaría que la cabezota enorme de Picard encerraba algo extraordinario.

Había que ver a Picard, durante las horas de recreo, paseando lentamente, gravemente, con las manos en los bolsillos del pantalón o cruzadas tras la cintura; había que ver a Picard avanzando lentamente, pasando y repasando por entre los rosales del jardín o por las avenidas del bosque próximo. Picard andaba pausadamente, con su enorme y redonda cabeza un poco inclinada hacia el suelo. A veces deteníase un instante. ¿Qué idea

luminosa cruzaría entonces por la testa sublime de Picard?

Si le dirigíais la palabra, Picard alzaba hacia vosotros, lentamente, su cara de viejecillo, feucha y un poco grotesca. Veíais entonces brillar sus ojillos menudos, chispeantes; veíais erguirse ante vosotros su gran nariz de punta roma y algo rubicunda; veíais su barbilla prognata y sus orejuelas de ratón... Era feo, verdaderamente feo, este pequeño y enorme Picard.

Picard gustaba de la soledad, de la meditación y del silencio. Cuando un grupo de muchachos se acercaba a él, invitándole a los juegos o a que colaborase en alguna diablura, Picard aceptaba pocas veces. Ante la negativa de Picard, algunos protestaban indignados:

—*Picard, tu est bête!*

—*Ce Picard est idiot!*

Y él les volvía la espalda sonriendo. Picard no se enfadaba nunca. Cuando se llega a descubrir el fondo de la vida—como lo había descubierto, a los siete años, el pequeño Picard—, ¿qué importa que le llamen a uno *bête* o *idiot* en cualquiera de los idiomas conocidos...?

Y, además, ya sabían sus amigos que Picard no

era *bête* ni *idiot*. Al contrario, aun entre los rapaces más traviesos, Picard gozaba de gran prestigio. Todo el mundo sabía que antes de los siete años Picard ya había compuesto una novela y estaba redactando sus memorias. (Una gran tristeza será para nosotros la de morir sin haber leído antes la novela y las memorias de Picard.)

* * *

Una tarde de otoño recuerdo haber paseado con Picard por el bosque de M. Era uno de aquellos inolvidables atardeceres de otoño, en que el cielo estaba cubierto de un velo denso, vaporoso y grisáceo; en que se oía el graznar de los cuervos y el silbar de los mirlos perdidos entre el ramaje espeso; en que las hojas amarillas y purpúreas caían incesantemente, arrastradas por el viento.

Después de haber hablado los dos de cosas graves, se me ocurrió preguntar:

—Picard, ¿cuántos hermanos tienes?

—¿Hermanos?—Picard mira con sus ojillos chispeantes y sonríe un poco desdeñosamente—. No, yo no tengo ningún hermano... Soy yo solo. Usted sabe que los hijos cuestan mucho; es preciso ali-

mentarlos, vestirlos, educarlos. Todo eso resulta muy caro..., y mis padres tienen ya tres automóviles.

¡Oh Picard, pequeño y enorme Picard, para ti la vida no guarda secretos!

Yo no sé dónde estás ni cuál será tu vida, amigo Picard; pero todavía me parece estarte viendo, como en aquella tarde otoñal, bajo un cielo ceniciento y vaporoso, entre árboles espesos que dejaban caer hojas doradas y purpúreas a cada ráfaga de viento; te veré siempre, como aquella tarde, avanzando lentamente, con las manos en los bolsillos del pantalón, y con la cabezota—donde bullían tan geniales pensamientos—un poco inclinada hacia el suelo.

EN EL BOSQUE

A mademoiselle B. N.

¿Ha olvidado usted ya, mi bella amiga, nuestros paseos por el bosque de F.? ¡Las visiones de nuestras andanzas en aquellas tardes de mayo, el recuerdo de nuestras charlas amables, se me aparecen ahora tan llenos de encanto y tan remotos! A veces, casi los creería, si mi corazón no me dijese otra cosa, más bien que remembranzas de lo vivido, espejismos engañosos de lo soñado.

Y sin embargo, fueron una realidad llena de poesía aquellas horas en que tal vez—confesémoslo al fin—estuvimos muy cerca de la felicidad. Y al evocarlas, mi espiritu gusta con delicia la embriaguez de estos recuerdos, que guardan para él un suave dejo de amargura.

Como desde entonces no nos hemos visto, como quizá no nos volvamos a ver nunca, usted ha de

ser siempre para mí aquella nena delgaducha y blanca que gustaba de los largos paseos y de las flores. Me parece estarla viendo aún con su trajecito blanco, con su sombrerillo amplio y ligero, bajo el cual flotaban casi siempre, buscando aquella nuca encantadora, unos rizos dorados y rebeldes; me parece estarla viendo aún un poco jadeante de fatiga y con el rostro levemente encendido. Reveo aquellas manecitas, tan bellas, tan blancas, que había admirado tantas veces en silencio. Me parece sentir aún brotar del fondo de mi ser aquel estremecimiento experimentado tantas veces al mirar, como anegándome en ellos, sus dulces ojos, en los que había algo de la serenidad del espacio y del misterio de las aguas quietas, profundas. Y me parece verla pasar de nuevo por aquellos lugares que usted amaba tanto, y que tantas veces recorrimos mientras florecían las lilas, las retamas y los manzanos.

¿Recuerda usted aquella casa cerrada, misteriosa, que hallamos una tarde en el fondo del bosque; una casa abandonada, medio hundida ya, ante la cual se extendía un pradezuelo florido de margaritas y violetas? ¿Recuerda usted aquella avenida recta, interminable, de altos pinos, que se perdía a

lo lejos? Por entre las copas apiñadas, de verdor obscuro, filtrábase a veces un rayo de sol. Yo me detenía un instante para contemplarla a usted avanzar lentamente. Y me parecía su cuerpo juvenil más frágil, más espiritual, más ligero, entre aquellos recios troncos que hablaban de eternidad y de fortaleza. ¿Recuerda usted aquel pueblecillo de casas diminutas, con su pobre iglesia, por cuyos muros de piedra obscurecida trepaba un florido rosal, y sobre cuyo agudo chapitel se erguía un gallejo dorado y provocativo? ¿Recuerda usted aquella fuente perdida en lo más espeso, en lo más obscuro de la arboleda; aquella fontecica de aguas inmóviles, transparentes, donde me gustaba ver, indecisa y misteriosa, allá en el fondo, su imagen reflejada? ¿Recuerda usted aquella tarde en que, entre el gran silencio turbado solamente ora por el revolar de un pájaro invisible, ora por el palpitar apenas perceptible de las hojas, ora por el cansado zumbar de las abejas, nuestras almas, embriagadas por el mismo ensueño de vida, acariciaron la misma esperanza; aquella tarde en que también cruzó por nuestras almas por vez primera un pensamiento cruel que había de separarlas para siempre...? ¿Recuerda usted tantas cosas, tantas cosas?

Hoy, al vagar por unos campos donde he visto desplegadas las primeras flores y cruzar las primeras golondrinas; hoy, muy lejos de aquellos lugares que tanto amamos y que recorrimos juntos, he pensado con cariño y con tristeza en nuestros paseos y nuestras charlas por el bosque de F.

LAS IGLESIAS

¿Cómo deciros el encanto de estas iglesias de agujas esbeltas, de torrecillas caladas, de archivoltas labradas primorosamente por artífices ignorados, de ojivas donde la piedra se ha trocado en tallos flexibles, en follajes palitantes, en floraciones milagrosas? ¿Cómo deciros el encanto de estas iglesias de amplias naves donde la luz se desborda penetrando a través de las vidrieras policromas de anchos ventanales; donde, ante una virgencita de cara plácida o un santo bonachón, hemos visto orar inmóviles a unas cuantas mujeres enlutadas; donde nos ha gustado dejar volar libremente el pensamiento, mientras nos confundíamos con viejecillos silenciosos, con religiosas de tocas blancas, con mujeres del pueblo en cuyas cabezas albeaban las cofias, con colegialas de trenzas rubias y de rostros cándidos? ¿Cómo deciros el encanto de estas iglesias de piedra calada, florida, como

espiritualizada—ennegrecidas por la humedad y por los siglos—que se alzan entre el silencio y la monotonía de las viejas ciudades normandas?

¿Cómo deciros también el encanto de estas iglesias diminutas, de muros macizos de piedra patinosa por los que trepa entretejiéndose la yedra; de cuadradas torrecillas que coronan agudos chapiteles de pizarra? ¿Cómo deciros el encanto de estas iglesias humildes que hemos visto tantas veces en una plazoleta herbosa, sombreada por arbolillos recortados cuidadosamente; que hemos visto tantas veces en el centro de un pueblecillo ignorado, junto a un bosque de árboles pomposos, o en medio de la verde pradería, y que no pudimos visitar sin recibir una sensación inefable de sencillez, de claridad y de reposo?

CAMINANDO

No, yo no olvidaré nunca esta mañana de julio, clara, tibia, encantadora como una mañana de abril. Nunca olvidaré este cielo de azul pálido, suave, donde flotan vaporcillos argentados y nubecillas sutiles que, de vez en vez, derraman oleadas de sombra tenue y pasajera sobre los campos bañados de luz. Recordaré siempre este caminito recto que sombrean altos árboles de hojas tembladoras; este riachuelo cuyas aguas, esparciéndose entre sotos verdegueantes, rebrillan y avanzan lentamente entre hileras de álamos y ramilletes de sauces. ¿Y cómo no guardar la memoria de nuestras charlas, que se iban enlazando amablemente mientras caminábamos con paso firme por estos lugares adonde nos trajo la curiosidad?

Nuestras almas, como estas florecillas que se abren voluptuosamente en los pradezuelos de verdura blanda, como estas hojas carnosas y brillan-

tes, parecen esponjarse con delicia bañándose en el frescor de la mañana.

Mirad aquel viejo castillo que se asoma por cima del hayal frondoso. A nuestro espíritu andariego le habla de reposo y de quietud, de vida mansa, de largas lecturas, de páginas escritas con lentitud y con amor. Hace pasar tal vez por nuestra imaginación la figura graciosa de una nena vista quién sabe dónde o que acaso nos espera lejos. Con ella, entre los muros austeros de ese poético retiro, nos gustaría olvidarnos de muchas cosas crueles.

Pero sigamos nuestra marcha.

Este carro formidable que avanza pausadamente; estos hombres medio bohemios, que ignoramos de dónde vienen y adónde se dirigen, y con los que cruzamos un saludo, ¿no hablan a vuestro espíritu de los caminos interminables que llevan a todos los lugares de la tierra? ¿No le hablan de ciudades que, desconociéndolas, amamos siendo niños, y de mares misteriosos tras de los cuales adivinamos continentes perdidos donde crece el árbol de la vida o islas encantadas donde duerme el secreto de la felicidad?

Ved ahora este pueblecillo olvidado que aparece de pronto a nuestra vista tras el recodo del cami-

no; este pueblecillo de casas pequeñitas a cuyas puertas se asoman muchachas rubias; este pueblecillo en cuya plazoleta sombreada por grandes olmos se alza la iglesia diminuta de muros de piedra renegrida, agrietados, mordidos por la yedra, y de campanario agudo, coronado por una cruz de hierro; este pueblecillo de cementerio pequeño y florido en donde duermen en paz seres que apenas vivieron; este pueblecillo cuyo nombre ignoramos, ¿no os habla de existencias humildes que son como un plácido remanso...?

No, yo no olvidaré jamás esta mañana de julio, clara, tibia, encantadora como una mañana de abril, en que mi alma ha sentido como nunca la poesía del camino.

EN EL RESTAURANT

¡Cuántas veces hemos bendecido al buen Dios que se ha dignado colocar estos hoteles pequeños, humildes, pero coquetones y pulcros, al borde de todos los caminos de la dulce tierra normanda!

Es un mediodía de julio, cálido, aplanante. En el cielo, de un azul suave, flota una leve niebla blanquizca, apenas perceptible. Durante unas horas hemos rodado por los caminos, bajo el sol ardiente, respirando con delicia el aire libre de los campos. Y luego hemos llegado sudorosos, rendidos, a este hotel diminuto y pulquérrimo, donde nos recibió una moza rubia, vestida de negro, con cofia y delantal muy blancos. Y, mientras van pasando ante nosotros los platos apetitosos y humeantes y paladeamos con regalo este vinillo áureo y transparente, nos dejamos llevar por vagos pensamientos que son ligeros y amables.

En el comedor—al que sólo nosotros hemos lle-

gado—nadie turba nuestras divagaciones apacibles. Un gato enorme y bonachón, al lado nuestro, medio adormilado, runrunea mansamente. Por la ventana, abierta de par en par, se ve una plazoleta soleada que bordean casitas diminutas y a que dan sombra unos arbolillos de copas recortadas caprichosamente. Enfrente hay una iglesia de piedra renegrida. Junto a la esbelta torre los cuervos aletean volteando. En la iglesia—donde la luz, cernida por las vidrieras multicolores, penetra temerosamente, donde hay altarcitos adornados con ramilletes fragantes—hemos visto viejecitas silenciosas y muchachas de caritas frescas y de ojos muy azules.

Más allá el paisaje dulce se despliega en suaves ondulaciones. En medio de los campos, de verdura jugosa y opulenta, se ven casas pequeñas adornadas con rosales trepadores. En un pradezuelo de yerba alta, en la que se destacan aquí y allí manchitas de flores blancas, amarillas, azules, unas vacas se han tendido a la sombra de un árbol solitario. Más lejos todavía, las copas de los pinos rompen, erizándola, la curva armoniosa de un lomazo. Junto a él las aguas espejean, medio ocultas por los álamos esbeltos e inmóviles. De

tiempo en tiempo cruza la carretera—con rapidez vertiginosa—un automóvil; va dejando tras sí una nubecilla de polvo dorado, que flota un momento en el aire y que después va desapareciendo y como diluyéndose poco a poco en la atmósfera serena, luminosa, transparente.

¡Dios bendiga estos hotelitos humildes, acogedores, amables, donde hemos comido tantas veces junto a hombres de rostro plácido y junto a mujeres rubicundas y opulentas; donde hemos hablado tantas veces con abates epicúreos y con viajantes de comercio grotescos, lenguaraces; donde hemos visto tantas veces viajeros misteriosos y muchachas bonitas! ¡Dios bendiga estos hotelitos pulcros y encantadores que encontramos con frecuencia al borde de los caminos, en las ciudades silenciosas o en los pueblecillos olvidados de la buena tierra normanda!

PUEBLO QUE NO CANTA

Gozamos una vez más el placer de vagar libremente por los campos. A los lados del camino la mies alta, verde, se balancea mansamente a cada ráfaga de viento. Aquí y allí, entre la verdura fresca y ondulante, hay manchitas de flores blancas, amarillas, azules, sangrientas. De vez en vez cruza ante nosotros una golondrina con las alas desplegadas, lanzando un joyante chillido. Bajo el cielo, de un azul suave, todo da una sensación de dulzura, de reposo. Tras un seto tupido hay dos o tres casas pequeñas, en cuyos muros serpean rosales trepadores. Las gallinas van y vienen picoteando en la tierra verdegueante. Junto a la charca, que sombrean grandes árboles de hojas obscuras, los ánades avanzan torpemente y se zambullen en las aguas quietas. Nos cruzamos con muchachos seriezuelos, con nenitas rubias, con hombres de rostro pacífico, con mujeres de cofia

blanca. Todo nos habla de bienestar, de quietud, de abundancia... Pero en el campo, entre el gran silencio que invita al ensueño y al reposo, no se oye una canción.

* * *

En la plaza se confunden mil ruidos sonoros y discordes: la música de organillos mecánicos, la gritería de los vendedores y los charlatanes, voces y risotadas. Por todas partes nos codeamos con una multitud endomingada, compacta. Aquí, unos caballitos giran vertiginosamente. Más lejos, a la entrada del teatro de marionetas, un señor panzudo, de verdinegra levita y antañón sombrero de copa inclinado al lado izquierdo, nos anuncia en elocuente perorata el espectáculo «extraordinario, sorprendente, emocionante». Se ven arcos de verdura y banderolas flotantes. Por dondequiera hallamos vendedores de golosinas, de flores, de helados, de confituras policromas. Ahora atrae nuestra atención la rueda de una rifa que voltea, el discurso de un fonógrafo, la picaresca figura de un curandero ambulante. Los cafés están llenos de gentes que vinieron de lugares próximos: hombres de mostachos recios, de espaldas cuadradas, de

caras redondas y bonachonas; señoras rubias, de rostro encendido, que llevan sobre la cabeza sombrerillos absurdos. Es día de gran fiesta; la gente bulle y se divierte... Pero por ninguna parte hemos logrado oír una canción.

* * *

Noche de mayo. Noche llena de paz, de misterio, de aromas. Esta ciudad pequeña, de calles silenciosas, de casas diminutas, de jardincitos donde las acacias, las madreselvas y los rosales florecen, parece irse adurmiendo poco a poco bajo la luna. Lejos una campanita tintinea pausada. Y después todo vuelve a quedar en silencio. Frente a mi ventana, sobre el campo envuelto en sombra, las estrellas palpitan. Junto al río se alza una hilera de árboles negros, rígidos. Y este vientecillo ligero que viene a acariciar mi frente trae mil rumores indecisos que recogió al pasar sobre la tierra palpitante de vida: el chillido de un pájaro invisible, el cuchicheo de las hojas, un ladrido en la lejanía o el concierto monótono de los sapos.

Y en esta noche primaveral, en que del fondo de nuestro ser brotan ensueños y melancolías,

quisiéramos oír alguna de esas canciones en que el pueblo sabe verter toda su alma... Pero sólo percibimos en torno nuestro el silencio del campo, tan misterioso, tan lleno de rumores.

* * *

No, este pueblo no canta. Le hemos visto en sus horas de fatiga y en sus días de placer. Le hemos visto vagar por los caminos y hormiguear en las ciudades, andar con lentitud tras el arado y recoger los dones de la tierra. Vimos en su mirada destellos de pasión o sombra de dolores... Pero nunca escuchamos de sus labios brotar una canción. Y nos parece un pueblo triste, un pueblo que lleva en su espíritu algo de muerte, el pueblo que no canta.

LAS NIÑAS CANTAN

Es un día cálido, pesado, sofocante. En el cielo del atardecer, gris, caliginoso, flotan reflejos cárdenos. Voy avanzando lentamente por el camino blanco que serpea entre las mieses retostadas y las arboledas obscuras. La ciudad aparece en la lejanía como tras un velo tupido, azulenco; y brillan aquí y allá las primeras lucecitas pálidas.

Por la carretera un automóvil pasa rodando vertiginosamente, y deja tras sí una espesa tolvanera blanca. En las copas de los árboles se oyen revuelos inquietos, gorjeos armoniosos, que se repiten, que se contestan por todas partes en la paz de los campos. Más lejos, las ranas croan ásperamente; y, de vez en vez, se oye el dulce y monótono concierto de los sapos.

Y, por los caminitos blancos, entre la sombra que se levanta y se espesa poquito a poco, las gentes humildes van llegando a la ciudad.

Estamos ya cerca del paseo de grandes árboles pomposos que pasa junto al río y luego avanza rodeando la ciudad. Nos gusta saborear el encanto de este retiro apacible; y, con lentitud, nos vamos perdiendo entre las hileras de troncos rígidos, bajo las frondas obscuras, a través de las cuales percibimos, a veces, manchitas de cielo pálido.

¿No escucháis un coro de voces frescas, infantiles? Sigamos adelante, y, como otras tardes, hallaremos un grupo de niñas de trajecitos claros, de ojos azules y de trenzas rubias, que juegan y cantan. Y, como otras tardes, al pasar, las oiremos con atención. Escuchad; dicen ahora una de esas canciones ingenuas y vulgares que han volado por todos los países y se han repetido, siglo tras siglo, en todas las lenguas. Esta cancioncita nos habla del general que se fué a la guerra, y, al escucharla hoy, despierta en nosotros recuerdos y melancolías.

La campana de las Benedictinas ha comenzado a tintinear en la lejanía lenta, dulcemente. Y todavía, como un arrullo suave, sigue resonando en mi espíritu el ritmo evocador de esa canción infantil.

EL DÍA DE MERCADO

Asoma por el horizonte un fulgor azulenco, pálido, que va intensificándose y enrojeciendo poco a poco. Al pasar junto a un seto de espino, un perro adormilado se nos encara regruñendo. Aquí y allá, los gallos mañaneros entablan un diálogo de cantos vibrantes, clamorosos, que rasgan el silencio de los campos.

Por la carretera ya hemos visto cruzar carruajes enormes, a los que arrastran caballos mansos, corpulentos. Ahora es un carricoche ligero en el que va un señor de rostro apacible. Luego es un grupo de ciclistas que charlan a voces. Y, después, otros carros pesadotes; otros cochecillos que avanzan con rapidez; y hombres de torso recio y cara congestionada; y señoras de rostros inmutables, vestidas de negro; y muchachas de trajecitos va-

porosos y de velos flotantes. Todos pasan camino de la ciudad, porque hoy es día de mercado.

* * *

Ahora el sol, alto ya, en el cielo limpio, claro, de un azul sereno y transparente, brilla animándolo todo, envolviéndolo todo en su luz dorada, suave, tibia. En la plaza de la ciudad, se agita, va y viene, charla, grita y discute una multitud abigarrada. Y nosotros, codeándonos con tipos que despiertan nuestra curiosidad, vamos cruzando esta plaza grande, rectangular, donde hay tres o cuatro cafés, vacíos casi siempre, desbordantes en los días de mercado; donde hay un banco junto a un bazar de modas, y junto a la tienda de un *coiffeur* el escaparate de una salchichería, y algo más allá, un hotel del que hablan pestes los viajantes de comercio. Frente al escaparate en que unos muñequitos grotescos lucen trajes que nos horrorizaría vestir, se alza una iglesia cuyo pórtico humilde corona una cruz de hierro torcida y ruginosa; cuyos muros de piedra ennegrecida—donde se abren ventanas ojivales—se hallan cubiertos a trechos por manchones de musgo; y, a uno de los lados,

elévase, gallarda y dominadora, una gran torre labrada profusamente, alrededor de la cual voltean los cuervos sin cesar.

Aquí, un señor grita: *¡Voyez! ¡Voyez! ¡Voyez!*, ante un puesto de baratijas. Una señora, un poco más lejos, se prueba una bata, mientras discute el precio con la vendedora. Si pasáis lentamente ante aquella muchacha de cabellos rojizos, os ofrecerá el buen *camembert* y la buena manteca normanda. Frente a ella, ved, en macetas alineadas, hortensias floridas, narcisos delicados, geranios multicolores, margaritas de grandes corolas blancas, pensamientos caprichosos. Allá, una muchachita busca, entre un montón de sombrerillos de paja, el más *chic*, que, adornado luego con lacitos de seda o con flores de trapo, lucirá muy satisfecha por los alrededores de la ciudad en las tardes de domingo. Junto a esta esquina un orador callejero, vendedor de yerbas medicinales, desarrolla elocuentemente su perorata ante un público que le escucha embobado. Allí, unos campesinos hacen girar la rueda de una máquina agrícola. Por todas partes la gente pasa, va y viene, se apretuja, charla y discute.

Pero al irse acercando el mediodía, los cafés se

han llenado de gentes que, como todas las semanas, vinieron de no sabemos dónde, en cochecillos ligeros o en carros formidables; y allí los vemos apurar cachazudamente grandes copas de ajenjo o vasos diminutos de calvados.

DESDE LA TORRE

Ciega y aplana el sol de esta tarde de julio. Desde la torre—desde esta torre de piedra renegrida, que en medio del pueblo se alza gallarda y dominadora—nuestra vista se derrama, se esparce en la vastedad de los campos. El paisaje, lleno de suavidad y de encanto, se esfuma en la lejanía, tras un velo sutil de nieblecilla grisácea, que parece brotar de la tierra, flotar en el aire y prenderse al cielo de un azul borroso. En torno a la torre unos cuervos baten sus alas fuertes y negras. El pueblo entero, a nuestros pies, parece agazaparse, empequeñecerse, achatarse, como si desaparecer quisiera. En la gran plaza rectangular, en las calles próximas, unos hombrecillos diminutos hormiguean, van y vienen de un lado para otro. Vemos casitas pequeñitas y frágiles en cuyas cubiertas de pizarra el sol reverbera; vemos, aquí y allá, sobre los muros de algunas cercas, plantas trepadoras que

desbordan su follaje espeso y obscuro. Desde aquí percibimos claramente el chapitel agudo de Nuestra Señora y el huerto de las Benedictinas; las hileras de grandes árboles que casi cercan el pueblo, siguiendo el curso del río; los caminos que, como cintitas blancas, se alejan y se entrecruzan en todas direcciones, por entre los campos, a trechos de un verdor jugoso todavía, o de un verdor cenizoso o amarillento, bajo la ardiente caricia del sol. Vemos aquí y allí, desparramados caprichosamente, los campanarios agudos de algunas aldeas, las siluetas de innumerables casas de campo—de esas casitas sobre cuyas puertas florecen rosales trepadores, y que tantas veces hablaron al viajero de bienestar y abundancia—; vemos, en fin, cerrado el horizonte, las manchas obscuras de los bosques lejanos.

Y, ahora, sobre esta torre de piedra renegrida que se alza gallarda y dominadora en medio del pueblo, mientras nuestra vista se derrama en la vastedad de los campos, hemos dejado volar libremente la imaginación; y cruzan por nuestro espíritu recuerdos de otros lugares y de otros días muy remotos.

* * *

Nuestra memoria reconstruye la visión de una tarde estival, cual ésta luminosa y cálida. Bajo un sol deslumbrador que con su caricia ardiente lo adormecía todo, unos cuantos chiquillos cruzamos la plaza del pueblo y penetramos en la iglesia, donde gozamos, al pasar, una sensación de deliciosa frescura. Nos dirigimos hacia una puertecilla—medio abierta entonces—que se distinguía apenas en uno de los rincones más obscuros; y comenzamos a subir por la escalera de la torre. Era una escalera estrecha, de peldaños altos y desiguales, gastados unos, deshechos otros, por donde avanzábamos a tientas, tropezando y riendo, sumidos en la obscuridad más profunda. Luego, por un agujero del muro—a través del cual penetraba la luz, desbordándose y desgarrando las sombras—veíamos un manchón de cielo muy azul y un trozo de paisaje lejano. Después, llegamos por fin a lo más alto. Nos acercamos a las ventanucas por donde asomaban sus corpachones abombados las campanas, cuyas voces nos eran familiares. Desde allí, nuestras miradas—esas miradas infantiles que parecen querer abarcarlo todo, comprenderlo todo, ávidamente—escrutaban el panorama amplísimo que ante ellas se extendía. Llegaban

hasta la línea vaporosa y azul de los montes lejanos. Más cerca, veíanse unos cerretes calvos, cubiertos a trechos de matojos ásperos y parduzcos. Más cerca todavía, descubríanse campos donde se alineaban olivos de follaje ceniciento o vides pomposas, campos de mies recién segada, huertas con bancales de jugoso verdor, con albercas sombreadas por grandes árboles, entre cuyas hojas lanzaban su música cansina las cigarras, en aquella hora de la siesta en que todo desfallecía en un letargo profundo bajo el sol de fuego...

* * *

Hoy, desde esta torre esbelta que se alza en medio de este pueblecillo normando, yo no sé por qué, vino a mi alma el recuerdo de unos días tan remotos ya, que muchas veces dudo si los he vivido, y de unos lugares que he amado mucho, donde he sufrido mucho, donde acaso me aguarda la amargura de nuevos dolores, y a los que, desde cualquier parte del mundo en que me encuentre, vuela siempre el corazón.

LE CHATEAU DES ROSES

¿Gustáis de los largos paseos? ¿Os placen las largas caminatas a través de los campos? Venid conmigo. Ahuyentemos pequeñas inquietudes, y marchemos alegremente, charlando de cosas amables, en esta mañanita primaveral. El cielo es claro y está lleno de luz; el viento que azota suavemente nuestros rostros, es fresco y perfumado. Venid; marchemos en esta mañanita primaveral por los campos, todavía húmedos de rocío, que están bordados de flores.

Sigamos este caminito estrecho, sinuoso, que avanza serpeando caprichosamente. ¿No habéis sentido nunca la poesía de estos caminos humildes, apartados, que detrás de cada nuevo recodo nos ofrecen una sorpresa, que nos llevan a través de lugares llenos de paz, donde nuestra alma—al ponerse en contacto con la tierra, cuyas más íntimas palpitaciones recoge y saborea—parece em-

briagarse de serenidad? Aquí, el heno ya en sazón, alto, amarillento, a cada ráfaga del aire se estremece y ondula. Más lejos, un campesino se apoya en el astil de la guadaña, suspendiendo un instante su tarea para vernos pasar, y cambia con nosotros un saludo. Cruzamos pradezuelos donde albean las margaritas y parecen llamear las amapolas; bosquecillos donde, entre los álamos enhiestos y los escaramujos floridos, oímos revolar los pájaros asustados; campos en que todo nos habla de abundancia y de paz. Ved ahora este caserío humilde. En el centro se alza una iglesia ruinosa, abandonada, ante cuya puerta hay un calvario: una cruz labrada y herrinosa, un cristo diminuto, ennegrecido, medio pulverizado por el tiempo.

Sigamos adelante. Ahora un cochecillo ligero avanza hacia nosotros. En él va un señor de rostro encendido, grueso, rígido e inmóvil como un muñeco de cartón. Junto a él vemos una muchachita vestida de blanco, cuya cara fresca, bajo el sombrerito de paja dorada, aparece, como medio esfumada, tras un velo rosa que deja flotar al viento.

A la puerta de una granja, por cuyos muros tienden su cortinón de verdura las madreselvas, un perro nos mira amenazador. Y entre las mieses

altas y las yerbezuelas menudas oímos la música geórgica de los grillos. Sigamos adelante.

Al fin, después de varias horas de camino, penetramos en una arboleda espesa, que, hospitalaria, nos ofrece sombra y reposo. Sobre nosotros las ramas frondosas se remecen y murmuran, y nuestros pies se hunden en la yerba verde y alta. Aquí y allá, se ve una manchita de sol brillante, que, al moverse los árboles, aparece y desaparece en juego caprichoso. Un insectillo, cerca de nosotros, agita sus alillas doradas. De vez en vez, rompiendo esta gran calma aquietadora, escuchamos un gorjeo, que, lejos, se repite al instante. Y todo nos envuelve en una encantadora sensación de frescura, de reposo, de olvido... Pero sigamos por esta avenida recta y amplia, y muy pronto nos encontraremos en el Castillo de las Rosas.

Ved aquellos altos muros de piedra, que casi desaparecen bajo los rosales trepadores verdes y floridos; aquel tejado agudo; aquellas torrecillas graciosas; aquella doble escalinata que, en curva caprichosa, desciende hasta el jardín; aquellas ventanas, tras de las cuales quisiéramos entrever un rostro adorable de mujer bella y pensativa. Estamos en el *Castillo de las Rosas*. Ante él, allá en

el fondo, se dilata el estanque de aguas inmóviles, de aguas serenas y profundas como el espacio que en ellas se mira. Y le rodea por todas partes un jardín maravilloso. En él, entre las flores más extrañas, entre los árboles más delicados o más rotundos, por dondequiera, triunfantes, se abren las rosas: rosas púrpuras, que llamean y sangran; rosas blancas, que albean entre el follaje obscuro; rosas amarillas, doradas, como una joya milagrosa; rosas que tienen el color y la fragancia de la carne de virgen; rosas que parecen bocas entreabiertas, cabecitas temerosas y cálices desbordantes... Pero al llegar al *Castillo de las Rosas*, ¿no encontráis este jardín demasiado solitario? ¿No os parece este palacío demasiado triste?

Yo recuerdo haber visto alguna vez, por estos viales sinuosos, por entre estos bosquecillos llenos de armonía, por entre estos rosales, que ahora parecen florecer en vano, tras de aquellas ventanas ahora cerradas siempre, yo recuerdo haber visto a una niña, que era como el alma encantadora de este amable retiro. La he visto corretear, en las mañanitas de abril, tras de las blancas mariposas; la he visto avanzar, callada y pensativa, deslizándose sin rumor por el césped sedoso y brillante.

Algunas veces, al atardecer, cuando el fulgor de la luna, muy vago todavía, flotaba sobre la tierra adormilada, han llegado hasta mi oído las notas de un piano, al que sus manos delicadas sabían arrancar músicas inefables. Y, en mi espíritu, reveo todavía la imagen de la niña de entonces, con su carita ovalada y fresca, con sus cabellos negros y rizados, con sus ojos grandes, de mirar profundo, con su cuerpecito esbelto y frágil, pero lleno de vida.

Pasó el tiempo. Una tarde en que los árboles lucían los oros y la púrpura otoñales, la vi cruzar por una de las avenidas del jardín. Un joven elegante iba al lado suyo. En los ojos de los dos brillaban la esperanza y la felicidad. Ha pasado el tiempo. Desde entonces no he vuelto a verla. Algún día quizá retorne a su jardín, que todas las primaveras florece esperándola. Pero ya no será aquella niña fresca, alegre, frágil, que contemplé tantas veces, y cuya imagen se me figura ver pasar aún por el jardín, que sin ella parece tan solitario y tan triste.

¡ADIÓS!

He despertado muy de mañana. Por las ventanas, abiertas de par en par, se insinúa un leve resplandor azulenco y frío. Pienso en las despedidas de la noche anterior; y por mi espíritu, estremeciéndolo, cruzan algunas imágenes: veo unos ojos de mujer, azules, dulces, tristes; me parece sentir aún entre las mías una mano tibia, diminuta y suave; creo oír por última vez unas palabras sencillas, medio veladas por la emoción...

¡Adiós...! ¡Adiós...!

Cuando, dos horas más tarde, el tren se pone en marcha, dirijo la mirada postrera a la torre de Nuestra Señora, al campanario de las Benedictinas, dorado por el limpio sol mañanero. Dirijo mi postrer adiós a las casitas amontonadas de este pequeño lugar normando, a los prados verdes, a los caminitos sinuosos y amarillentos, a los bosqueci-

llos obscuros. Mi vista se clava con insistencia en un punto de la lejanía. Y me parece que entre estos lugares y estas gentes dejo un poco de mi alma.

¡Adiós...! ¡Adiós...!

Verneuil-sur-Avre (Eure), julio de 1914.

FIN

ÍNDICE